

KATY EVANS

PECADO

PECAR LA CAMBIÓ
PARA SIEMPRE

SERIE PECADO 3

CHIC



Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Dedicatoria

1. El mejor día
2. A la mañana siguiente
3. Fiesta de compromiso
4. Paz y... un fuego descontrolado
5. Momento
6. Notre Dame
7. Mudanza
8. Vestido
9. La víspera del viaje de despedida de soltero
10. Casa
11. Preparada
12. Filtración
13. La isla
14. Jugamos en la playa
15. Visita antes de la boda
16. El gran día
17. La boda
18. Pecado y pecadora
19. Dondequiera que sea

Lista de reproducción

Agradecimientos

Sobre la autora

PECADO 3

Pecar la cambió para siempre

Katy Evans

Serie Pecado 3

Traducción de Eva García para

Principal Chic



PECADO 3

V.1: octubre, 2019

Título original: *Ms. Manwhore*

© Katy Evans, 2015

© de la traducción, Eva García Salcedo, 2019

© de esta edición, Futurbox Project S.L., 2019

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: LightField Studios / Shutterstock

Publicado por Principal de los Libros

C/ Aragó, 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17972-05-9

IBIC: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

PECADO

Desde el momento en que lo vi, supe que no me cansaría de pecar

Tras superar nuestros problemas, Malcolm Saint y yo estamos viviendo nuestro cuento de hadas. El hombre más codiciado y mujeriego de Chicago quiere dejar atrás su pasado y pasar el resto de su vida a mi lado.

Parece que Saint está preparado para sentar la cabeza, pero ¿será una sola mujer suficiente para él?

La esperada nueva entrega de Katy Evans, autora best seller del New York Times

«Una novela corta dulce y sexy que hará las delicias de los lectores de Katy Evans.»

SmexyBooks

«Los fans de la serie *Pecado* disfrutarán con el “Y vivieron felices y comieron perdices” de Rachel y Saint».

Harlequin Junkie

*Queridos lectores:
Cuando acabé de escribir Pecado 2 aún no estaba
preparada para despedirme de Malcolm y Rachel.
Quería saber qué pasaba después; quería verlo.
Esto es para los que queríais lo mismo.
Para todos los «sí, quiero».*

1. El mejor día

— ¡Sí, sí, sí, sí!

Dije que sí cuatro veces, porque una no parecía suficiente para mi novio.

Es el mejor día de mi vida.

La emoción que me corre por las venas es algo tan extraordinario que no puedo quedarme quieta en el asiento.

Estoy cenando con El Hombre Más *Sexy* del Mundo en la azotea de uno de los rascacielos más importantes de Chicago. El horizonte de la ciudad está iluminado y, a nuestro alrededor, unas estufas verticales nos protegen del frío. Unas velitas eléctricas alumbran el camino por el que mi hombre me ha conducido hasta esta misma terraza.

Lo tengo sentado enfrente y lo cierto es que ni él ni yo prestamos atención a los manjares que nos han servido los chefs esta noche.

No podemos dejar de tocarnos y de besarnos por encima de la mesa.

Mi cerebro se ha quedado dándole vueltas a lo que ha ocurrido hace escasos minutos, a Malcolm diciéndome que me quería..., que quería casarse conmigo...

Madre mía, quiere casarse conmigo.

Este hombre tiene la habilidad de convertir lo ordinario en extraordinario. Una camisa de hombre. Una uva verde. Dos collares a juego. Una entrada para un partido de béisbol. Una visita al despacho. Una tarde. Una cama.

Pues bien, hoy Malcolm Saint ha convertido un día de trabajo normal y corriente en el día en que he pasado a ser su prometida. Su única prometida.

Estamos oficialmente... ¡prometidos!

Y a Malcolm se lo ve muy satisfecho consigo mismo en este momento: sonrío, tiene el pelo algo revuelto por el viento y sus pestañas son tan negras como la noche mientras se inclina por encima de la mesa para rellenarme la copa de vino.

No me quita ojo. Me mira detenidamente y sin ningún pudor. Los ojos le brillan de alegría; podría sumergirme en ellos. Mientras deja la botella en la cubitera de plata que hay cerca de nuestra mesa sin apartar la vista, aprovecho para tomar aire.

Todavía llevamos la ropa del trabajo, pero mientras que Malcolm está que se sale, yo parezco una secretaria. Se ha quitado la chaqueta de piel y la corbata y hace nada se ha desabrochado los dos botones de arriba de la camisa; yo llevo una falda de tubo y una camisa, y me he hecho un

moño bajo de cualquier manera para que no me moleste el viento.

—¿En qué piensas? —me pregunta en voz baja mientras me vuelve a tomar de la mano y con el pulgar me dibuja círculos desde el dorso hasta la palma.

Le sonrío y el silencio se alarga. Es de esos silencios en los que abundan las palabras.

Palabras como: ¿Vamos a hacerlo de verdad? ¡Sí, vamos a hacerlo!

—Estoy reproduciendo de nuevo mentalmente cómo me has pedido la mano —confieso, y me río—. Qué tonta, ¿no?

Él ríe bajito y se lleva mis dedos a los labios.

—¿Quieres que te lo vuelva a pedir?

Un brillo travieso aparece en sus ojos y yo me muerdo el labio y asiento.

Su voz se vuelve más grave.

—Cásate conmigo, Rachel.

Se inclina por encima de la mesa, me agarra de la nuca y me atrae a sus labios.

—Sí —susurro durante un segundo antes de que me bese despacio, tomándose su tiempo—. Te quiero, Malcolm —murmuro mientras nuestras lenguas se funden.

—Y yo a ti —contesta con voz ronca contra mis labios.

Cuando nos separamos, mi corazón está henchido de amor por él. Me miro la mano y sí..., ahí está la prueba: tengo un anillo reluciente en la mano izquierda, cerca de donde él aún está trazando el contorno de mi palma con el pulgar.

No he visto un diamante más brillante en mi vida.

Era de su madre. Está dispuesto sobre una alianza de platino muy bonita y la piedra brilla con fulgor, pese a que las únicas luces que se reflejan en ella son la de la luna y la de las velas.

No puedo creer que este anillo, este magnífico anillo, esté en mi mano. ¡Es tan grande, tan brillante, tan perfecto...! No puedo hacer otra cosa que no sea mirar el anillo que me ha dado Saint. El anillo que Saint me ha puesto en el dedo anular de la mano izquierda.

Lo miro con adoración a pesar de que me está observando.

Más de metro ochenta de empresario implacable con la fuerza de mil tempestades. Este hombre tan misterioso y extraordinario no entraba en mis planes. Y yo, desde luego, tampoco entraba en los suyos.

Pero ahora el matrimonio será nuestro futuro juntos.

El buenorro de mi prometido se recuesta como un zar y me dirige una mirada penetrante.

Durante bastante tiempo, Saint ha sido el soltero multimillonario más deseado de Chicago y un auténtico mujeriego. Y sé con certeza que sus amigos y las pesadas de sus fans se van a quedar a cuadros cuando se enteren de que nos hemos prometido. Por no hablar de que mis amigas y mi madre se pondrán como locas.

—Las chicas van a flipar. Pero quiero verles las caras cuando se lo diga. —Doy un sorbo a mi copa—. ¿Los chicos sabían que me lo ibas a pedir?

Saca el móvil, envía un mensaje y lo deja a un lado.

—Ahora sí —me dice con una amplia sonrisa.

Podría ahogarme en su mirada; me tiemblan las piernas solo de mirarlo a los ojos.

Echa la silla hacia atrás para hacerme sitio. Rodeo la mesa en silencio y me acomodo en su regazo.

Saint tiene los brazos perfectos; me acerca a él lo justo. Me aprieta, pero no mucho, como si me dijese que está ahí, pero sin ahogarme. Me invita a apoyarme en él; me invita, no me lo exige. Es seguro de sí mismo y así es como consigue lo que quiere, con paciencia y tesón. Le gusta ganarse las cosas.

Me toma la cara con una mano y me pasa el pulgar por los labios, como si los preparara para su beso.

—Te voy a besar. En todos lados. Toda la noche.

Me roza la comisura con los labios, y no solo estoy lista para otro beso, estoy ansiosa. Me muero por un beso que no termine hasta mañana.

La expectación bulle en mis venas mientras me derrito en su duro y cálido pecho y me besa con suavidad en la otra comisura. Suspiro, satisfecha, y luego me besa los nudillos y observa detenidamente el anillo. Frunce el ceño al examinarlo.

—Habrá que ajustarlo.

—No quiero quitármelo todavía. —Lo tapo con actitud posesiva y le sonrío con malicia—. Le pondré cinta adhesiva en un lado para que no se mueva.

—Qué elegante —responde en tono divertido, y cuando nos echamos a reír, me toma de la cara con ambas manos y me besa en los labios con provocación.

Levanto el rostro hacia el suyo, y mi sonrisa se desvanece al ver la ardiente mirada verde de Saint. Le rodeo el cuello con los brazos, ávida de él, perdidamente enamorada, y susurro:

—Bésame, Pecado. Bésame como si nos acabásemos de prometer.



Me lleva a su casa en brazos. Me estrecha con tanta fuerza que no puedo respirar, pero tampoco quiero.

Nos desnudamos y nos manoseamos con ganas durante media hora en la cama, degustamos el sabor del otro, el calor del otro y la boca del otro sin despegarnos. Tengo la boca roja e hinchada por sus besos, y la piel me arde y me hormiguea por las yemas de sus dedos.

Dios. Me siento como Venus. Bella, débil, fuerte, todo, mientras él me dice con ternura lo mucho que le gusta mi sabor, mi olor y lo que le hago sentir.

—Te quiero muchísimo, Rachel —me susurra al oído con una voz ronca y profunda; cuatro palabras teñidas de asombro.

—Y yo a ti.

Sus cálidos dedos acarician mis curvas mientras subo las manos por su pecho de granito y lo miro a los ojos en la oscuridad.

Las sábanas que tengo debajo son suaves e insignificantes en comparación con el cuerpo robusto encima de mí. Vuelve a tomarme con sus labios firmes y fuertes; encajan con los míos a la perfección. Nos besamos durante un largo minuto, y solo paramos para dar algún mordisquito y así coger aire.

Noto su cálido aliento en la cara mientras me mira con atención en la oscuridad.

—Me ha encantado oír ese «sí».

Le sonrío.

—Mmm, sí —repito en tono juguetón y seductor.

Sonríe un poco, como un niño despreocupado. Pero se pone serio otra vez. Ávido de nuevo.

Se incorpora con facilidad, me sienta a mí también, pega sus labios a los míos y no los despega de mi piel mientras baja por el cuello y se lleva uno de los pezones a la boca.

La succión hace que me estremezca y que me hierva la sangre. Nos quedamos así, con mis piernas alrededor de sus caderas, sus muslos debajo de mí, y su boca y sus manos devorándome. Con este hombre devorándome.

Muevo las caderas y, despacio, le suplico que me la meta. Él regresa a mi boca y me besa de una manera apasionada y exquisita, lo suficientemente intensa como para que me derrita de placer. Tengo el pezón húmedo cuando me lo acaricia con el pulgar.

Antes de darme cuenta, le clavo las uñas en el cuero cabelludo y le suplico en voz baja y tenue, le ruego:

—Por favor, Saint, te deseo...

Mi frase acaba en un suspiro que ahoga con la boca. Nos acercamos. Mi cuerpo, más pequeño que el suyo, se amolda a sus pectorales duros y firmes.

—Estás empapada...

Se me escapa un jadeo entrecortado cuando tanea mi entrada con su erección. Me tumba bocarriba, me toma de las piernas y se las sube a los hombros para abrirme. Cada centímetro que avanza es dicha mezclada con más dicha. El olor fuerte y limpio de su jabón me envuelve, me debilita. Mis sentidos están saturados de Malcolm Saint.

Su boca se abre sobre la mía con la misma meticulosidad con la que su miembro me abre. Me aplasta con su peso al tiempo que me penetra hasta el fondo. Gimo. Saint mueve las caderas para establecer un ritmo; sus partes más calientes se apoderan de mis zonas más delicadas. Le agarro la cara y lo beso por todo el cuello hasta llegar a la mandíbula; le rechinan los dientes mientras me la mete una y otra vez, más fuerte y más adentro.

Tenso las piernas.

—Oh..., más... —suplico, sorprendida de que me cueste respirar.

Me da más; da y recibe con cada embestida.

Espera a que llegue al orgasmo. No tardo nada. Me oigo ronronear su nombre. Susurro que lo quiero y me embiste con más ímpetu y se corre dentro de mí como si no hubiera un mañana.

Cuando me quedo sin fuerzas, Saint me quita las piernas de los hombros, se tumba bocarriba y me acaricia la espalda mientras me acurruco a su lado. Relajada, suspiro. ¿Esto es el amor? ¿Volver a enamorarse cada vez que lo miras a los ojos?

Lo oigo respirar. Está relajado y satisfecho cuando entierra mi cara en su cuello, apoya la barbilla encima de mi cabeza y me atusa el pelo.

¿Cómo será casarse con él?

Como si estuviera pensando lo mismo, mira el anillo y me besa los nudillos. Me aparta el pelo sudado de la cara.

—¿Y si dormimos en mi casa? —pregunto—. Así se lo cuento a mis amigas, llamo a mi madre y tú vas al desayuno que tienes a primera hora.

—Me parece un buen plan —dice con la voz aún ronca por la lujuria.

Se va al lavabo a limpiarse y, cuando sale, nos vestimos.

Una hora después, estamos en mi casa disfrutando del mejor sexo..., de nuevo.

—Ostras, ¿habremos hecho ruido? Gina... —susurro contra su cuello mientras lo abrazo más fuerte. Me río, avergonzada.

Me estruja y contesta con voz ronca:

—No, somos buenos.

—Tú eres bueno —replico.

Me mira con los ojos entornados antes de besarme durante un buen rato, tomándose su tiempo, sin prisa. Me agarra de la nuca y me coloca bocabajo. Me acaricia el culo mientras me pone de rodillas y me la mete desde atrás. Aprieto los puños y gimo por lo bajo. La cama cruje mientras me aferro a las sábanas. Mi anillo de compromiso lanza destellos cuando la luz del exterior incide en él.

2. A la mañana siguiente

— ¡Ábrete, sésamooooo! —gritan mis compis de piso al otro lado de la puerta.

—Estoy durmiendo —murmuro contra la almohada.

—Hablando de dormir, me debéis horas de sueño. Toda la puta noche ahí dándole que te pego como perros en celo. ¡Abre la puerta! —exige.

Entreabren la puerta.

—¿Estás sola? —pregunta Gina—. Estoy con Wynn.

—Malcolm se acaba de ir —admito, adormilada, y abren la puerta de par en par.

—¡Ay, madre! —chillan, y se ponen a dar saltos en la cama cerca de mis pies antes de tirarse a mi lado.

—¡Dinos que te ha pedido matrimonio, joder! —grita Wynn.

Me giro. Me duele la cara de tanto sonreír. Me pregunto por qué pensarán eso. ¿Tan bien me conocen? Me miro la mano y... ahí está el anillo de diamantes, despidiendo destellos. No pude quitármelo, ni siquiera para dormir. Pero ahora no tardo nada en taparlo con la otra mano.

—Va, Rachel, que no tenemos todo el día.

Wynn me empuja con entusiasmo; se la ve tan emocionada que bien podría estar en éxtasis.

—Pensaba invitaros a comer para contároslo todo.

—Todavía nos debes una comida, pero cuéntanoslo ya. ¡Lo sabe todo el mundo menos nosotras, que somos tus mejores amigas! —replica Gina.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres con que lo sabe todo el mundo?

Salgo de la cama de un brinco, cojo el portátil y, en un instante, vuelvo a estar tapada y calentita.

—Tú mira y verás —me anima Gina con un gesto—. A lo mejor tu madre ya se ha enterado.

Abro el portátil y me pongo a buscar en internet.

Solo tardo unos minutos en recabar la información más importante.

- a. Sus admiradoras no están contentas.
- b. El cabrón de Tahoe es quien se ha ido de la lengua.

Bueno, señoras, es oficial. @malcolmsaint está fuera del mercado. De ahora en adelante,

@racheltepidoparami está tanto con el santo como con el #pecador

Las reacciones no se han hecho esperar. Todos los comentarios dicen básicamente lo mismo, pero con diferentes palabras:

GUARRA DE MIERDA. LES DOY UN MES.

¡¿CÓMOOOO?!

¡Es imposible que Saint se conforme con una! ¡ES QUE NI DE COÑA, VAMOS!

Cierro el portátil.

—No —digo—. No voy a dejar que esos comentarios me agüen la fiesta.

—Dile a Saint que le diga al gilipollas de Roth que lo quite —comenta Gina.

—Saint está ocupado. Habría salido a la luz tarde o temprano de todas formas. Mejor que sea ahora.

Me recuesto en la almohada. Se me están cerrando los ojos cuando me asaltan los recuerdos de la noche anterior.

Me voy a casar con el hombre al que amo, el que me lleva a Plutón y a Saturno, el que me hace perder la cabeza y me hace aspirar a más. Ay, Dios.

Deslizo las manos por debajo de las sábanas y me toco la barriga. Ya no usamos condones. Estoy tomando la píldora, pero juro que todavía lo siento dentro de mí.

—Bueno, ¿qué? ¿Nos lo vas a contar? —gritan, y empiezan a darme palmadas para que me incorpore.

¿Cómo voy a negarme a contárselo todo si ponen esos ojitos de cordero degollado?

¿Cómo voy a privarme del placer de contárselo?

—Primero un café —digo.

Después de levantarme, cepillarme los dientes y ponerme unos calcetines mullidos, me las encuentro sentadas a la mesa, con una taza de café humeante en mi sitio.

—Vaya, gracias.

Aguardan delante de mí con la sonrisa más grande que he visto en mi vida.

Le doy un sorbo al café para aparentar indiferencia (como si esto no fuese lo mejor que me ha pasado aparte de Pecado) y por poco se me traba la lengua, porque no sé por dónde comenzar.

—A ver —empiezo. Me siento tan pletórica de repente que no puedo hablar, así que me limito a enseñarles el anillo.

—¿Se lo vas a decir a tu madre? —pregunta Gina con voz ronca.

—La voy a llamar ahora para decirle que voy a visitarla. Quiero contárselo en persona.

—¡Rachel! —grita Wynn, y ambas me abrazan y me instan a que llame a mi madre.

Supongo que cuando llevas meses saliendo con un chico y nunca has tenido pareja, tu madre empieza a hacerse ilusiones. Una madre quiere lo mejor para su hija, eso es obvio. Un trabajo estable. Amigos. Felicidad. Te ve luchar y, mientras tanto, intenta ayudarte, pero sin cortarte las alas. Pero en cuanto tu madre detecta algo que podría hacerte aún más feliz, algo que parece

imposible, deposita sus esperanzas en ello.

—¿Habéis pensado en casaros? —me preguntó hace poco, un finde que me pasé a verla.

—¡Qué dices, mamá, anda! Que tengo veintitrés años.

—Pues yo estaba segura de que te lo iba a pedir en tu cumple años —comentó.

—No te hagas ilusiones, ahora mismo nos va de maravilla.

Soy periodista. Sigo siendo joven. Todavía me queda mucho por aprender. Leo historias, escribo historias y me encantan las historias, pero no soy como los personajes de mis historias. Yo soy así: real y humana, y estoy asombrada por lo que he encontrado y por que el hombre del que estoy enamorada me quiera también, pero mi madre no dejaba de preguntar.

Y eso no es lo único que ocurre cuando tienes pareja por primera vez.

Tus amigos también empiezan a interesarse. Se han percatado de los actos benéficos, las recaudaciones de fondos, las salidas nocturnas al cine y, claramente, han advertido el viaje a Napa juntos. Empiezan a darse cuenta de que, si comparan las veces que se va de fiesta con sus colegas y las veces que sale contigo, la balanza se inclina a tu favor. Y da la impresión de que tienen hasta un gráfico con el que calculan todas estas variables, como si así fuesen a averiguar cómo de en serio vas. Y vas en serio. Muy en serio. Tú lo sabes mejor que nadie. Que vas súper en serio. Entonces, tus amigos empiezan a sospechar que él también va en serio contigo.

Curiosos, te preguntan si habéis pensado en casaros y fruncen el ceño cuando respondes: «Qué va, no digáis tonterías». Como si hubiesen sumado uno más uno en su cabeza y tu respuesta no fuera la correcta porque no ha sido dos. No es la respuesta correcta, imposible.

Y a pesar de mis negativas, quizá... No, quizá no. Efectivamente, yo también albergaba esperanzas. Cada vez que me sonreía, cada vez que me miraba con esos ojos penetrantes y ardientes, yo siempre me preguntaba: ¿pensará él en cómo sería casarse conmigo?

Me preguntaba si acaso el matrimonio entraba en sus planes.

Lo deseaba, y puede que hasta fantaseara con ello, pero no me esperaba para nada que me lo fuese a pedir.

Mis amigas me exigen que les cuente los detalles y yo cojo el móvil para darle la noticia a mi madre. Ni siquiera mientras se lo cuento todo al pie de la letra y marco el número de mi progenitora me creo que esta sea yo.

Que estos seamos nosotros.

Mi hombre mujeriego y yo.



A las 9.18 estoy en casa de mi madre. No lo sabía. Mil emociones cruzan su mirada cuando se lo digo. Sorpresa. Felicidad. Optimismo. La preocupación típica en estos casos. Y luego llegan las lágrimas. Nos abrazamos durante unos diez minutos.

Me digo a mí misma que tal vez yo no habría llorado tanto si ella no me hubiese mecido mientras nos abrazábamos, como si todavía fuese una niña pequeña.

Después de gastar una caja de pañuelos de papel y limpiarnos la cara, me paso el resto de la hora contándole todo.

¡Quiere saber cuándo y cómo me lo pidió exactamente!

Sobre todo, le gusta la historia de mi anillo de compromiso.



A las 10.43 estoy de camino a la oficina en el asiento trasero del Rolls-Royce, mirando los edificios con ojos soñadores, cuando recibo una llamada de Saint.

—Le ha hecho mucha ilusión —comento nada más aceptar la llamada, con una amplia sonrisa—. Dice que lo hiciste muy bien y que tu gusto a la hora de escoger a tu futura esposa es encomiable.

—Hablando de mi futura esposa... A lo mejor prefiere trabajar en casa hoy.

—¿Por qué?

—Hay gente acampada fuera.

—¿Periodistas?

—Y se han traído a sus madres y a sus mascotas.

Hay un deje de enfado en su voz; seguro que es porque sabe que no soporto que estén todo el día encima de él.

Exhalo mientras proceso la información.

—Seguridad se encargará de ellos —me garantiza—. Hoy trata de pasar desapercibida.

—Vale —acepto. Y añado en voz más baja para que sepa que me refiero a nosotros—: Pasaré desapercibida, pero en realidad estoy en una nube. Te quiero.

—Y yo a ti.



Cuando vuelvo a casa a las once, me encuentro con cientos de arreglos florales. Flores de todas las clases y de colores vivos dispuestas en todo tipo de jarrones: transparentes, coloridos, altos, bajos... Cada arreglo va acompañado de una tarjeta. Algunos se dirigen a mí como señorita y otros como señora. Leo la primera tarjeta.

Enhorabuena de parte de todo el equipo de Flores y Ramos. Nos encantaría ofrecerle nuestros servicios para el día de su boda.

Estimada señorita. Livingston:

¡Les deseamos a usted y a nuestro querido Malcolm Saint que sean muy felices en su matrimonio! Arreglos Modernos lleva ofreciendo sus servicios a parejas jóvenes tres décadas...

Etcétera, etcétera, etcétera.

Es como si me hubiese acostado siendo una chica normal y me hubiese levantado siendo una princesa; una princesa prometida con un príncipe.

Cojo todas las tarjetas y las meto en una carpeta de manila nuevecita. Rápidamente le pongo una etiqueta con la palabra «boda». Suspiro y me las quedo mirando. Me preparo un té verde calentito, me acomodo y me pongo a trabajar. Luego busco vestidos de novia en internet y me entra un escalofrío.

Quiero ser la novia más deslumbrante que mi novio haya visto jamás.

Vestiré de blanco. Por Pecado. Por supuesto.

3. Fiesta de compromiso

Por la noche, celebramos una fiesta de compromiso discreta solo con nuestros amigos más íntimos en el ático de Pecado. Wynn y Gina se han puesto sus atuendos más ostentosos porque, según Wynn, «es en casa de Saint, ¿no? ¡Me va a dar un bajón como no esté lo más guapa posible!». Como parecen dos aves exóticas recién salidas del paraíso, me pongo un vestido, pero estoy demasiado dormida como para arreglarme.

Sé que no voy vestida de forma apropiada, pero cuando llego y Pecado observa mis ojos gris claro enmarcados por unas pestañas espesas, me doy cuenta de que me está mirando como si no hubiese en el mundo tela suficiente para taparme; eso significa que no es lo bastante apropiado para él.

Me observa, me da un repaso rápido y mira a sus amigos como si dijera: «Ni se os ocurra mirarla». No puedo evitar fijarme en cómo le sientan los vaqueros.

Las chicas me siguen al interior con los ojos como platos; el *glamour* y el lujo del piso de Saint las tiene anonadadas. Suelos de piedra natural, armarios de madera oscura, cristales immaculados, cromo brillante, muebles de cuero europeos y un sinfín de ventanas que van del suelo al techo. La casa de Pecado supera cualquier cosa que hayan visto, incluso en las portadas de *Architectural Digest*.

Nos instalamos en uno de los salones con acceso directo a la terraza y a la piscina infinita. Me decanto por un café calentito para no dormirme y le voy dando sorbitos mientras los demás se dedican a beber como si fuese viernes..., que lo es.

—Me estoy viciando a los artículos de Rachel —le dice Tahoe a Saint.

Alzo la cabeza como un resorte, sorprendida.

—Son mi nueva religión —le contesta Saint tranquilamente. Esboza una sonrisilla cuando nos quedamos mirándonos a los ojos varios segundos—. Catherine sabe que nada más entrar en mi despacho quiero tener delante mi café y el artículo que hayas escrito en *Face*.

Noto un calorillo líquido en la barriga. A juzgar por su lenta sonrisa, juraría que está encantado de haberme sorprendido.

Nos ponemos a charlar todos alegremente, pero, de vez en cuando, lo observo de soslayo. Todo su cuerpo. Miro cómo agarra la taza con actitud posesiva, cómo se toca la oreja con el pulgar... Siento un calor en el estómago cuando recuerdo lo que me hizo con él.

Aparte de mí, es el único que está bebiendo café. «Gracias, maratón de sexo. Aun así, no te

cambiaría por nada en el mundo».

Tiene la vista fija en el frente mientras hablamos con nuestros amigos, pero nota que lo estoy mirando y se gira hacia mí. Se le borra la sonrisa en cuanto nuestros ojos vuelven a encontrarse.

Me encanta que me mire así. Siento una opresión en el pecho, me duele. El hecho de que toda su atención esté puesta en mí y en nada más que en mí, como si fuese lo único que ve... Sé que no es verdad, Saint siempre está al tanto de lo que ocurre a su alrededor, pero la intensidad con la que me mira me llega al alma. En sus ojos hay una vehemencia y una sensibilidad que no le había visto jamás y que me dicen claramente lo que quiere y lo que espera de mí. Sinceridad, lealtad... Todo.

—¿Y qué? ¿Va a seguir trabajando? —pregunta Callan.

—Va a ser mi mujer, puede hacer lo que le dé la gana.

—Exacto. Por ejemplo, no trabajar —contesta Callan.

—Rachel es mucha mujer para pasarse el día de compras —comenta Gina—. Tiene algo que ofrecerle al mundo. Su hombre es un hombre importante; ella también quiere serlo.

—Eso. ¿Qué pasa? ¿Acaso tengo que dejarlo todo atrás porque soy la mayor pecadora que haya existido jamás?

Me vuelvo hacia Saint.

—Solo cuando yo te lo pida.

—¡Saint!

Lo empujo en broma y él me coge la mano y se la lleva al pecho.

—Me alegro mucho por ti, Rachel —dice Wynn—. Tienes que buscar un organizador de bodas, elegir la tarta... Porfa, dime que le vas a poner esas figuritas tan monas encima.

—No. No, Wynn, no.

—Pero ¡tienes que hacerlo! Va a ser la boda del siglo.

—La prensa va a sacar tajada durante semanas —conviene Emmett, asintiendo.

Se me revuelve el estómago.

Malcolm me da un ligero apretón en el hombro para tranquilizarme.

—No les dejaré entrar.

Gina se va a la bodega. Al cabo de unos minutos, Tahoe se levanta y la sigue. Se encuentran en la puerta. Empiezan a hablar y, antes de que me dé cuenta, oigo una risa suave y familiar.

La risa de Gina cuando estaba con Paul. Cuando era feliz. Cuando tonteaba.

Tahoe, que quizá ignore lo raro que es que Gina se ría, toma las dos botellas que lleva ella y vuelve con nosotros. Gina, por su parte, agarra otra y lo sigue.

Gina nos sonrío abiertamente y se deja caer en su sitio.

—Si alguna vez necesitas que una amiga penosa se beba todo tu vino, aquí me tienes, Saint. —Alza la botella y añade—: Estoy enganchada al vino que le enviaste a Rachel.

—Me aseguraré de que Rachel te mantenga abastecida —responde Saint con calma.

Sonríó a Malcolm. Sé que es amable con mis amigas por mí, pero a lo mejor le están empezando a caer bien. Aun así, agradezco el detalle.

—Gina, el mes que viene me voy a Napa. Estás invitada —comenta Tahoe con voz ronca mientras la mira con unos ojos más azules que de costumbre—. Después de la boda —puntualiza.

Gina se ha quedado de piedra; no es habitual verla indecisa.

—No sé si voy a poder...

Tahoe no habla. Es evidente que espera que siga.

Wynn se endereza.

—Nena, ¿te estás poniendo roja? —le pregunta a Gina con el ceño fruncido.

—¡No! —exclama Gina. Y añade en voz más baja—: No. —Observa a Tahoe y, al instante, desvía la mirada. Se ríe con suficiencia y me señala—. Eso se lo dejo a Rachel.

Mientras habla, noto que Saint se toma su tiempo para contemplar mi rostro y que se detiene sobre todo en mis mejillas, cada vez más calientes.

Su mirada es como los rayos de sol en verano. En cuanto me mira, me caliento de arriba abajo.

Después de descorchar y vaciar las tres botellas de vino, nuestros amigos se van.

Llevo algunas copas a la cocina y, cuando vuelvo, me encuentro a Malcolm encendiendo el portátil y dejando su auricular inalámbrico cerca de él.

De nuevo, me siento a su lado.

—No quiero una boda por todo lo alto. Todo eso que decíais de los preparativos... Yo solo te quiero a ti.

—Y yo quiero que mi mujer tenga una boda memorable y por todo lo alto.

—Vamos al ayuntamiento, nos casamos y punto.

Me besa en los labios.

—Me lo pensaré.

—Hazme tuya ya.

—Ya eres mía. Esto lo confirma. —Les da un toquecito a mis collares—. Y llevarás un anillo a juego. Justo al lado de este. —Toca mi anillo de compromiso.

—¿Por qué estás tan decidido a que tenga una boda por todo lo alto?

—Porque solo te casas una vez.

—Habla por ti —le chincho.

Sonríe.

—Si pongo el listón alto, nadie se atreverá a competir conmigo. Una vez para mí es una vez.

Sonríe.

—Vale, buscaré un organizador de bodas. Me pondré un vestido blanco. Y el novio más buenorro que haya existido jamás se casará conmigo una vez.

—Lo que yo decía.

Ojeo una de las muchas invitaciones que llegan cada semana. Esta va dirigida al señor Malcolm Saint y la señorita Rachel Livingston.

—¿Qué crees que pondrá en unos meses?

La mira.

—Pondrá «Señor y señora Saint».

—Qué va, pondrá «Malcolm Saint y su lujuriosa y atractiva mujercita a quien no puede sacar de la cama» —le digo en broma.

Se echa a reír y enarca una ceja.

—Pondrá «Señor y señora Saint». Y se acabó.

—¿Y qué pasa con Livingston?

—Disfrútalo mientras dure.

—¡Pecado!

—Pecadora —replica con aire distraído mientras lee la invitación. Acto seguido, la vuelve a meter en el sobre.

—Aún no hemos acordado nada.

—Anda que no.

—No.

—Pues lo pondré en el acuerdo prematrimonial.

Gimo. ¿En serio? ¿Un acuerdo prematrimonial? Aunque sé que un hombre como Malcolm no se casaría sin firmar uno.

—Entiendo que lo necesitemos —digo.

—No te preocupes —responde con dulzura—. Mis abogados insisten en que lo firmemos, pero velaré por tus intereses.

—Entonces, firmaré. Firmaré porque te quiero y confío en ti, y porque quiero casarme contigo.

—Lo mismo digo.

—Entonces, ¿consentirás a tu mujer y dejarás que conserve mi apellido...?

—Te consentiré de otras formas. Dame el gusto tú a mí —responde con voz ronca— y toma mi nombre.

Tomar su nombre.

Porque lo quiero.

Porque cuando lo miro a los ojos, solo existe él.

Porque incluso cuando no lo miro a los ojos, solo existe él.

—Me lo pensaré —le digo con una sonrisa, pues he usado sus mismas palabras—. Y tú te piensas lo de la boda.

Me pongo unos vaqueros y un jersey y agarro el bolso.

—¿Adónde crees que vas a estas horas?

—Me voy de acampada con los de Acabemos con la Violencia. ¿No te acuerdas?

—Ah, sí, coño.

—No hace falta que vengas. Es mi pasión, no la tuya. A ti te apasiona el trabajo.

—Tengo una teleconferencia con China.

—Ya lo sé. —Me acerco a él y me apoyo en sus hombros—. A por ellos, tigre. —Le doy un pico y unas palmaditas en el pecho—. Hasta mañana.

—Rachel —dice en tono de advertencia mientras frunce el ceño—. Espera a que venga Otis con el coche.

4. Paz y... un fuego descontrolado

Nunca había llegado al parque así, sin haberme preparado en absoluto. Me he dejado las patatas, la música, los libros... Lo único que he traído es un saco de dormir, y a duras penas me tapa. Al otear el parque, veo que todos están leyendo o escuchando música en silencio. Algunos están acurrucados en sus sacos de dormir y hablan.

Me apetece más estar sola que ponerme a charlar con desconocidos, así que busco el rincón más llano para tumbarme. Como no encuentro ninguno bueno, me siento al pie de un árbol enorme.

Me quito los zapatos porque me duelen los pies y echo de menos mis calcetines mullidos cuando los meto en el saco de dormir. Ya es otoño. Menos mal que he traído una chaquetilla de punto, porque está refrescando.

Apoyo los hombros en el árbol, echo la cabeza hacia atrás y contemplo las hojas y las escasas estrellas que se ven en Chicago. Feliz, cierro los ojos con fuerza y tomo aire. Estar aquí me ayuda a concentrarme. Me hace preguntarme cosas, pensar en las casualidades del universo, nuestro papel en la historia... Y me recuerda que hay muchísima gente en el mundo y que todas nuestras acciones repercuten en la vida de los demás.

Pienso en todas las historias que voy a contar ahora en mi plataforma. Quiero que Saint esté orgulloso de mí. Quiero estar orgullosa de mí misma. Que mi padre esté orgulloso de mí. Que mi madre esté orgullosa de mí.

Y quiero ser la esposa que se merece mi marido.

Oigo un crujido de hojas y ramitas cerca.

Una sombra alta camina en la oscuridad hacia mí. Le brillan los ojos —son como de otro mundo— y un rayo de luna ilumina su rostro bronceado y cincelado. Cierro los ojos, incrédula, y los abro con asombro. Sigue avanzando con esos andares que conozco tan bien. Pecado.

—No estás soñando, Rachel —me regaña, y se ríe entre dientes. Su voz es como el ruido que ha hecho al pisar las hojas: un poco seca y terrosa. Me calienta más que mi chaquetilla. Ay, madre mía.

Noto mariposas.

—¿Y la tienda para protegerme de los elementos? —lo chincho en voz baja.

Esboza una sonrisa endiablada.

—Solo estoy yo.

—¿Y la teleconferencia?

—Al parecer, he desarrollado una nueva habilidad llamada «cambio de fecha».

Extiende una chaqueta negra como la medianoche en el suelo, a mi lado, y me hace un gesto para que me siente.

Verlo después de estas veinticuatro horas tan intensas hace que lo desee más que nunca.

—Me gusta tocar la tierra. —Meto un poco los dedos y me los limpio cuando los saco—. Me ayuda a centrarme.

Mientras me observa en la penumbra y se acomoda al lado de su chaqueta, yo, inquieta por saber en qué pensará para estar tan absorto y callado, siento mariposas por todas partes. ¡Aaaah! Hace nada estábamos durmiendo juntos.

De hecho, llevamos durmiendo juntos más de cuatro meses.

Abro los ojos como platos cuando me sienta en su regazo. Cada ápice de él me rodea, me envuelve y me enloquece. Malcolm se gira y entorna los ojos cuando, como yo, se da cuenta de que algunas personas cuchichean y nos señalan.

Cohibida, bajo la cabeza, y él me besa con cariño en la oreja.

—Lloraré de camino al altar.

—Yo te sostendré.

—Estaré sola, sin un padre que me lleve.

—Puede llevarte tu madre. Y entonces serás mía para el resto de tu vida o la mía.

Caigo en la cuenta de que él también me esperará. Ni su padre ni su madre; solo sus testigos. Saint será el único hombre de mi vida, y yo seré el único pariente vivo al que quiera.

—¿Te gustó ser hijo único?

—No.

Escudriño su rostro.

—Entonces, ¿te parece bien que tengamos dos hijos? Cuando estemos preparados, digo.

Me toma de la barbilla y me regaña:

—¿Y tu espíritu aventurero? Yo estaba pensando en unos cuatro.

—Te mato. —Abro los ojos de par en par—. ¿Cuatro como tú correteando por el ático?

—Pues compro un ático el doble de grande y les pongo una niñera a cada uno.

—¿Estaría como un tonel casi cuatro años de mi vida!

Me mira con lujuria mientras extiende la mano por mi vientre plano.

—Estarías embarazada de mis hijos.

Me ruborizo.

—Entonces quieres un Kyle, un Logan, un Preston...

—Quiero una mini-Rachel.

Me aprieta la barriga y me mira con ojos suplicantes.

—Nooo. De eso nada. Primero un niño... Mi pequeño y precioso Saint... ¿Ves? ¿Por qué no nos casamos ya? Cuanto antes lo hagamos, más podremos disfrutar el uno del otro antes de que lleguen los bebés.

—No, aún no.

—¿Es porque tengo que firmar el contrato prematrimonial?

—Sí. Ese y el que te convertirá en mi esposa. —Le encanta que esté ansiosa. Estoy segura de que disfruta viéndome muerta de ganas por hacerlo mío—. ¿Te das cuenta de que nunca pensé que

fuese a desear algo así? No pienso en otra cosa que en casarme contigo. Mi prioridad ahora mismo es unir tu vida con la mía.

Se lo ve ansioso, impaciente, decidido y lleno de ternura.

No tengo barreras con él y no quiero volver a levantarlas. Me pesan los párpados, pero a él también. Estamos los dos hechos polvo después del maratón de sexo de anoche.

Pero aún lo deseo, más y más a cada segundo.

Soportando a duras penas el latido sordo de mi corazón y de mi entrepierna, lo beso en la mandíbula y me arrimo a él para entrar en calor.

—¿Tú me has visto bien? Estaba sentada en el suelo..., descalza. Soy una chica sencilla. Me gustan las cosas sencillas. Y quiero que nos casemos sin que el mundo entero nos mire con lupa.

—Pues te has equivocado de hombre.

—Con las complejidades de mi hombre me basta y me sobra, así que, si tenemos una boda sencilla, podremos pasar a lo bueno. Como la luna de miel.

—¿Me vas a negar el placer de darte una boda por todo lo alto?

—Yo no te negaría nada, y mucho menos a mí.

Cierro los ojos y me relajo. Saint trabaja tanto y lleva una vida tan acelerada que valoro mucho estos momentos de paz.

—Pero sí quiero que seas mi esposa cuanto antes —me asegura—. Y quiero protegerte del frenesí de los medios.

Abro los ojos de golpe.

—¿En serio?

—Eres mi pasión, Rachel. Más que el trabajo. Haremos lo que te haga feliz.

—Y tú, ¿qué?

—Elijamos una cosa u otra, tendré lo que quiero.

Me abraza. Nos quedamos apoyados en el tronco en silencio.

Una pancarta en la que pone «PAZ» me devuelve la mirada. Estoy haciendo una de las cosas que más me gustan, y encima con el hombre de mis sueños. Empiezo a relajarme pese a estar excitada y estar con él. Mi cuerpo está que arde y mi alma, serena. Paz es lo que hallo en sus brazos.

Paz y un fuego descontrolado.

5. Momento

Nos decidimos por una boda íntima junto a nuestros cincuenta amigos más cercanos. Malcolm está haciendo planes para llevarnos a todos a una pequeña isla del Caribe dentro de cinco semanas. Solo los de nuestro círculo lo saben, y pretendemos que siga siendo así. El domingo, cuando al fin ponemos nuestros planes en marcha, Saint llama corriendo a Tahoe para que no se vaya de la lengua. Avisado queda.

El lunes nos reunimos con los abogados.

El martes redactamos y firmamos el acuerdo prematrimonial. Saint me ha dado hasta más de lo que quería, pero tuvo que insistir mucho. No quiere que me pase nada. A juzgar por cómo fruncían el ceño, sus abogados no estaban tan satisfechos con los términos que me ofrecía, pero Malcolm solo tenía ojos para mí y me dedicó una sonrisa radiante mientras me observaba firmar.

El miércoles al mediodía, Saint se toma un descanso para reunirse conmigo y con la organizadora de bodas más famosa de todo Chicago. Él se pone a trabajar con el móvil mientras yo elijo la tarta Tiffany, las flores y las invitaciones. Cuando terminamos y volvemos a M4, lo único que me falta para casarme es un vestido de novia. Esa tarde, mientras miro vestidos con mi madre, Gina y Wynn, descubro lo difícil que es conseguir un vestido de alta costura en tan poco tiempo.



El jueves por la tarde sigo sin vestido. Me escaqueo del trabajo con Malcolm, que me venda los ojos.

El suspense me mata.

Salimos del ascensor; parecía que no iba a detenerse nunca. Por el ruido de mis tacones diría que el suelo es de mármol. Huele a aire fresco y hormigón. Malcolm me agarra fuerte de la mano mientras me guía por la oscuridad. Así es como lo veo todo gracias a la venda: negro. Me dibuja circulitos con el pulgar en los nudillos mientras murmura órdenes: «Cuidado», «Agárrate a mi mano», «Ojo con las cajas».

El estómago me bulle de emoción mientras lo sigo por el sinuoso camino.

¿Dónde estamos?

Es evidente que intenta ir despacio, ya que normalmente un paso suyo equivale a tres míos con tacones. Pero camina con lentitud. Nos detenemos y noto un muro cálido en la espalda. Soy muy consciente de que está ahí. La impaciencia me consume mientras espero a que me quite la venda. Me aparta el pelo, me da un beso muy *sexy* en la nuca y el terciopelo me cae de los ojos.

—¿Qué te parece? —me susurra al oído.

Dios. Todavía me estremezco cuando me habla.

Me estremezco cuando me mira.

Cuando se queda cerca de mí.

Exhalo y abro los ojos al fin. Veo el cielo. Un cielo claro de un azul azulísimo salpicado de nubes. Delante de nosotros hay un ventanal por pared y, debajo, está Chicago. La luz inunda la estancia y da la impresión de que las nubes van a entrar en cualquier momento.

Estoy... sin palabras.

El piso de Saint es el sitio más lujoso en el que he estado.

Hasta ahora.

Nos encontramos en un ático que, sin duda, podría aparecer en la próxima lista de los áticos más impresionantes del mundo de *Architectural Digest*. Techos de unos ocho metros. Una terraza con una piscina infinita que se funde con el cielo. Paredes de piedra caliza; suelos de mármol y piedra caliza. Unas vigas de madera gruesas y sólidas atraviesan el techo de punta a punta con orgullo. Armarios de caoba oscura. Y tantas ventanas que parece que estoy en el cielo.

Anonadada, me dispongo a cotillear. Mis tacones repiquetean mientras acaricio una pared moderna y elegantísima en tonos claros de gris. Este sitio es enorme. Más de quinientos metros cuadrados, seguro. Me parece ver un ascensor en la otra punta. Es independiente del grupo de ascensores en el que hemos subido. Cuando veo la majestuosa escalera, me doy cuenta de que conduce a un segundo piso.

Me giro y miro a Malcolm, que hoy lleva una camisa y pantalones de vestir negros. Como un agujero negro, atrae todo lo que lo rodea; el poder y el dinero se aferran a él. Encaja a la perfección en este escenario de ensueño, como si estuviese hecho para él. Lo miro, asombrada.

—¡Qué pasada de casa!

De pronto caigo en la cuenta y abro los ojos de par en par.

—¿Es...?

—Nuestra.

Noto un retortijón de emoción.

—¿En serio? ¿No es broma?

Río con incredulidad.

Se acerca a mí, me toma de la mano y me besa en la frente.

—Ven, que te la enseño.

Lo sigo. Estupefacta, contemplo el pedazo de piso/casa/villa/castillo que se ubica en pleno Chicago.

Se detiene en una habitación enorme con vistas al parque. El parque donde dormimos juntos por primera vez. No hicimos nada, solo dormimos juntos. Por primera vez. Lo veo desde aquí. Lo veo... todo.

—Esta es la sala de estar —comenta, con su exquisita voz gutural. Extiende las manos, y me doy cuenta de que por lo menos caben tres o cuatro salones—. Y aquí —prosigue, señalando el

centro de la estancia—, podríamos construir una chimenea para dividir los salones en dos, y en cada lado, una tele de plasma —añade con total naturalidad.

Entro.

—¿Qué? No, chimenea no, que tapaná la ventana.

Señalo fuera.

Él frunce el ceño.

—Es que quiero una chimenea. Leeremos aquí y nos relajaremos en la barra.

—Bueno, podemos ponerla aquí —sugiero, señalando el fondo.

Saint considera la zona.

—Bueno, da igual, ya lo pensaremos más adelante.

Sonrí por dentro; me apetece chincharlo un poquito.

Me toma de la mano y, tras recorrer varios pasillos, llegamos a otra habitación.

Esta tiene una pared de espejos a un lado, armarios y aparatos de gimnasia de última generación. Y hay una puerta de cristal que conduce a una puñetera piscina cubierta.

Arqueo una ceja.

Esboza una sonrisa de chulito total.

—Un gimnasio para cuando llueva y no se pueda hacer deporte fuera.

—Obviamente.

Me vuelve a tirar de la mano. Subimos unas escaleras que hay cerca del ascensor.

Arriba hay una habitación con una pared divisoria en medio y un ventanal con las que quizá sean las mejores vistas del mundo. Tenemos los rascacielos debajo y parece que podamos tocar las nubes. Es como si estuviésemos en la cima del mundo.

Malcolm se coloca detrás de mí.

—Este es nuestro cuarto.

Me imagino la cama en alguna parte. Solo imagino una puñetera cama. Con un cabecero de ante, grueso, y una almohada en la que apoyaré la cabeza cuando me la meta hasta el fondo. Al instante, me asaltan imágenes de Malcolm y yo remoloneando en la cama un domingo por la mañana. Riendo por algo que he dicho mientras me da uvas para desayunar de un platito que hay en la mesita de noche. El sol sale por nuestro ventanal. Las sábanas blancas están arrugadas a nuestros pies. Sus manos me recorren la espalda y las piernas al tiempo que entierra la cara en mi cuello y va dejando un camino de besos por mi mandíbula, despacio. Se me pone la piel de gallina de pensarlo.

—Es una pasada.

Me giro y lo abrazo por la cintura. Levanto la cabeza para mirarlo a la cara.

—Cada vez que pienso que ya no puedo quererte más, vas y me rompes los esquemas.

Lo beso en el cuello. Y después en la mandíbula.

Me acuna el rostro y me da un beso lento y exquisito. Me separo porque me estoy quedando sin aire y vuelvo a mirar a mi alrededor. Aquí pondremos otra chimenea, y hay una puerta que conduce a una terraza.

—¿Y los niños qué? ¿Estos suelos no serán muy duros para ellos? —pregunto.

Me mira, curioso a más no poder. Sus ojos, ligeramente ardientes e impacientes, buscan los míos.

—Para ellos, moquetas de felpa, gruesas y tejidas a mano. No se harán daño. Yo os cuidaré.

Me lleva a ver el baño y descubro una habitación contigua que desprende un agradable aroma a madera. En ella, hay armarios de caoba lacados de color blanco en cada pasillo. El techo cuenta con una preciosa cúpula de cristal tallado por la que entra el sol. Parece un lugar etéreo, como una iglesia, pero, según Saint, solo es mi vestidor.

¿Mi vestidor? ¿Qué mundo retorcido, extraordinario y maravilloso es este? Este hombre me va a matar cualquier día de estos, lo juro. Pero moriré feliz.

El vestidor de Saint está al otro lado del baño. Sus armarios son de color café, y su cúpula es clavadita a la mía, pero con un diseño moderno, a juego con el ambiente masculino.

Entre los vestidores se encuentra el baño. Hay dos lavabos, uno a cada lado. La ducha es enorme y tiene el diseño de azulejos más bonito del mundo, en gris y blanco. La alcachofa cuelga del techo y, al fondo de la estancia, hay una bañera de mármol increíblemente grande. Es brillante y elegante; la bañera más erótica que he visto en mi vida.

—Parece un *jacuzzi*.

Advierto un brillo de diversión en sus ojos.

Lleva observándome todo el rato.

—Nos basta para que tú y yo juguemos.

Casi me quedo sin aire al oír eso; noto cómo me palpita la entrepierna.

Él se limita a sonreír con suficiencia. Volvemos abajo y me lleva a unas encimeras de granito negras.

—La cocina —dice, y me enseña el pedazo de isla que hay en medio. Aún está en obras, pero me sorprende lo limpio y ordenado que está todo.

Impresionantes y coloridas obras del escultor Dale Chihuly hechas con cristal de Murano cuelgan del techo de manera inquietante. La luz las ilumina desde atrás. Unas elegantes alacenas enmarcan un conjunto de frigoríficos de acero inoxidable. Aún están protegidas por el plástico. Hay un par de fogones de la marca Wolf. Y, a juzgar por los huecos vacíos de los armarios, diría que aún faltan más aparatos de última tecnología.

—Esta es la cocina de un chef... y yo no sé cocinar.

Saint se ríe en voz baja.

Me sube a la encimera. Me separa las piernas y se coloca en medio. El olor de su colonia me envuelve; estamos en nuestra burbuja. Me raspa el cuello con la escasa barba que tiene mientras me besa por la clavícula.

—No vamos a cocinar mucho —murmura—. Te imagino aquí con mi camisa. —Me da un beso en el cuello—. Tienes el pelo enredado y hecho una maraña y me estás haciendo huevos rellenos.

—¿Huevos rellenos para Pecado?

Casi me ahogo al intentar reírme, porque está muy *sexy* ahora mismo y no puedo pensar.

—Sí. O... gofres, creps o tortilla —añade mientras me sube las manos por los muslos y me toca la parte baja de la espalda por debajo de la blusa.

»Y hueles a rosas... —Otro beso—... como el champú que usas siempre. —Me vuelve a besar en la mandíbula y me echa el pelo hacia atrás para rozarme con la lengua allí donde se me nota el pulso.

»Y yo estoy aquí, viéndote con mi camisa puesta, pensando en todas las cosas que te haría

luego... —Otro beso que sabe a gloria—... en nuestra cama.

Gimo. Me mira con ojos seductores y me besa en los labios. Funde su lengua con la mía en un tórrido beso. No puedo respirar. Lo abrazo; quiero tenerlo lo más cerca posible para que acabe siendo parte de mí. Le arde la piel. Le rodeo las caderas con las piernas.

Se ríe contra mis labios.

—Ya te va gustando la idea, ¿eh?

Siento que me va a estallar el corazón, porque este hombre lo es todo para mí; aquí está, entre mis piernas, hablándome de nuestro futuro. De cómo le prepararé el desayuno. De nuestra cama. De nuestra bañera. De nuestros hijos.

El corazón me da otro vuelco. Jadeo aferrada a sus hombros.

Me hace cosquillas en la barbilla con su suave pelo mientras me desabrocha la blusa. Va despacio. Extremadamente despacio. Me roza la piel con los dedos, y con cada botón que desabrocha, me derrito un poco más.

Me baja los tirantes del sujetador y se ciñe más mis piernas.

—Me vuelves loco —susurra.

Levanto la cabeza para besarlo y él me da el beso más largo de mi vida. Me estoy dejando la piel en este beso; que mis labios y mi lengua le digan lo que necesita saber. Que lo deseo. Que lo quiero. Que soy completamente suya para amarme y cuidarme. Nos veo tirados delante de la chimenea que quiere construir en el salón, nos veo tomando algo en la cocina a solas, nos veo contemplando Chicago a altas horas de la noche mientras las luces de los edificios emula las estrellas.

Estamos en casa. Nosotros. No él, ni yo. Nosotros. Este será nuestro hogar.



Nos quedamos un rato besándonos, buscándonos con las manos, degustándonos. Podría estar así horas y horas, pero suena el timbre del ascensor y reparo en que tenemos compañía. Unos cuantos contratistas entran arrastrando los pies tras la hora de descanso que les ha pedido Saint que se tomen para enseñarme la casa. Pecado me abrocha la camisa y yo me atuso el pelo a toda prisa y bajo de la encimera. Me doy una vuelta por el piso mientras los contratistas le hacen consultas.

Oigo que ha comprado el piso de arriba y el de abajo. Un ático de dos plantas con techos de más de seis metros en la de abajo y más de siete en la de arriba. Están conectadas mediante un ascensor privado y una escalera de caracol que conduce desde la planta inferior hasta el vestíbulo del ático.

Mi madre decía que el sueño de toda mujer es vivir en una mansión. Bueno, hasta que te mudas y mantenerla limpia se convierte en una pesadilla. No me imagino que este sitio llegue a provocarme pesadillas.

Mientras Saint habla con algunos de los contratistas, yo deambulo por la casa vacía. Ha contratado a un arquitecto para diseñar una zona de juegos enorme abajo. La barra y la terraza del piso superior son para nuestros amigos. La planta inferior dispone de otra terraza, en la que tiene pensado construir una piscina de solo medio metro de profundidad para los niños; también habrá un campo de minigolf.

Ha pensado en todo. Cuartos para las niñeras. Para las fiestas de los niños. Para reunirnos con amigos. Ha pensado en despachos dobles. En cuartos de baño gigantescos. Y en una habitación adicional en el piso de arriba donde colocar una cuna: el cuarto del bebé. No vamos a mover a nuestro pequeño Saint abajo hasta que vengan más niños y él haya crecido un poco. Este es nuestro paraíso personal en Chicago.

Y tengo mi propio vestidor.

Vuelvo a nuestro dormitorio y lo contemplo. Ahora que me fijo, hasta la bañera tiene vistas. A un lado veo la ciudad y, al otro, a mi marido por el cristal de la ducha.

La vida está llena de decisiones difíciles.

6. Notre Dame

Saint habla en la Universidad de Notre Dame el viernes. Da una conferencia de una hora a las mentes más jóvenes y brillantes del Estado sobre cuál es el mejor momento para crear una empresa. El auditorio está hasta arriba.

Notre Dame es una de las universidades más antiguas del país y, definitivamente, una de las más bellas. Acceder al campus ha sido como adentrarse en otro mundo. Cuenta con quinientas hectáreas de tierra y árboles enormes y viejos que crecen entre modernos edificios góticos; uno de los más grandes está coronado por una cúpula de oro de verdad.

Hemos ido por la conferencia, pero pasamos el resto del día ahí para ver el estadio, la biblioteca y algunas de las capillas; de hecho, muchas están en las residencias. Almorzamos con el decano de la facultad de Empresariales. Estamos volviendo a la ciudad cuando Tahoe llama a Pecado. Se activa el *bluetooth*. Yo sigo flipando con el campus sacado directamente de *Harry Potter* cuando se oye la voz de Tahoe por los altavoces del Bugatti.

—¡Saint!

—¿Qué pasa, T?

—Tengo cuatro palabras para ti. Despedida de soltero. Montecarlo.

Me mira de soslayo; hay un destello de diversión en sus ojos.

—No. No tengo ni un hueco en mi agenda con la boda a la vuelta de la esquina. Necesito tenerlo todo listo si quiero disfrutar de mi luna de miel.

—Despedida de soltero. Montecarlo, joder, Saint.

—Que no. —Malcolm sigue conduciendo con calma—. A no ser que la hagas en Dubái. Pronto empezaré un proyecto allí.

—Vale. Dubái es nuestro bebé. ¿Cuándo nos vamos?

—El viernes que viene a las siete de la mañana en O'Hare.

—Al fin podré probar tu nuevo G650. ¿Qué tal unas azafatas en bikini?

Otra mirada de soslayo. Esta aún más brillante.

—Bua, T, estás en racha. Acabas de llegar a lo más alto de la lista negra de Rachel.

—¡No jodas! Hola, Rachel —dice Tahoe.

—Hola, Tahoe.

—Y respecto a lo de las azafatas, no —responde Saint, que alarga la mano para cortar la llamada—. Nada de payasadas en mi Gulfstream.

Corta sin despedirse y lo miro.

—Vosotros no perdéis el tiempo con los saludos de rigor, ¿eh? Ni hola ni adiós, hablo y corto y ya está.

Acelera un poco en un tramo bastante despejado y se ríe por lo bajo.

—¿Tías? ¿En serio? —pregunto frunciendo el ceño.

—Juegos de azar —replica—. Y los negocios son lo primero.

—Pecado... Nada de tocar a las chicas o te juro que me pillo un *stripper* y me lío con él solo para ver si te gustaría.

Le brillan los ojos.

—No me gustaría. Así que no va a pasar.

—Me lo pensaré... mientras le extiendo nata por el pecho y le lamo los pezones.

Arquea las cejas de golpe.

—¿Le harías a un *stripper* lo que no me haces a mí?

—Te lo haría el sábado que viene. ¡Ay, vaya, que no estarás!

Se ríe y frunce el ceño con aire pensativo mientras conduce.

—Compraré un montón de nata.

—Vale.

—Te cubriré entera.

—Vale.

Estamos llegando a las afueras de la ciudad. La voz áspera y profunda de Malcolm ha hecho que me convierta en lava. Al igual que el verde de sus ojos, mucho más oscuro.

—Seguro que llevarán a chicas.

—Hay chicas en todos lados. Pero la mía eres tú.

Miro la mano que tiene en la palanca de cambios y la que agarra el volante. Tiene unas buenas manos, perfectas, y las usa como Dios. No quiero que toquen a otra.

—Y Rachel... —Su tono sombrío tiene un deje de advertencia, como si él también estuviese pensando en mí y el *stripper*—. A mi chica ni se la toca ni toca ella a otro tío.

Su tono posesivo me hace sentir un hormiguelo en la entrepierna.

—Y mi chico no toca a ninguna otra.

—Tampoco quiere.

Cuando llegamos a mi piso, busco las llaves de casa en el bolso y él me abre la puerta del coche. Me quedo con las llaves en la mano cuando salgo y Malcolm me mira con unos ojos ardientes y tiernos, como si también quisiese tocarme por todas partes.

Como si quisiese devorarme, aquí y ahora, con nata o sin ella.

—Señor Saint, señorita Rachel —nos saluda Otis, que se acerca a nosotros tras aparcar el Rolls-Royce justo enfrente.

Saint me lleva a mi bloque y me abre la puerta. Mientras la aguanta con el hombro, coge las cajas que le entrega Otis y le dice:

—Te espero arriba.

Nos dirigimos al ascensor. Le vibra el móvil.

—¿Callan? —pregunto.

—Seguramente.

Me río sin ánimo de ofender.

—Sois de lo que no hay.

De lo que no hay y unos críos, en el fondo. Pero me encanta que se preocupen de verdad el uno por el otro.

Me sigue hasta la puerta de mi casa. Antes de abrirla, me doy la vuelta y busco su rostro.

—¿Seguro que estás listo para compartir tu espacio conmigo?

Sin vacilar, me da un beso tórrido, sin usar más que los labios.

—Segurísimo. Vamos a hacer tu maleta.

7. Mudanza

Nuestro nuevo hogar estará listo dentro de seis meses, así que me quedaré en su casa mientras tanto. Mi madre, Wynn y Gina me están echando una mano con la última caja.

Ya he llevado unas cuantas esta mañana con Otis.

En casa de Pecado ya hay una caja de pijamas; otra de documentos importantes, con mi certificado de nacimiento y pasaporte; algunos de mis artículos y mi álbum de fotos de cuando era un bebé, que hojeó anoche de principio a fin. Se burlaba sin piedad de mis fotos más vergonzosas y acto seguido me besaba y me decía lo guapa que era. He enviado otra caja con complementos. Álbumes y marcos de fotos. Ver lo vacío que se está quedando mi cuarto poco a poco me aterra y me emociona al mismo tiempo.

Las chicas y mi madre me están ayudando con el resto.

—Os he oído en la ducha esta mañana. Tú ahí, riéndote como una tonta, y él hablando en voz baja pero tan grave que se lo oía igualmente. Debajo de la alcachofa.

Dejo de ordenar mis cosméticos para guardarlos en la caja, levanto la cabeza y abro los ojos como platos. Recuerdo cómo me enjabonaba y cómo lo enjabonaba yo a él: manos sueltas, bocas ávidas, roces provocativos y dedos llenos de espuma. Cómo me tomó en brazos... Se me pone rojo el cuello al recordar el resto.

—Ay, Gina, perdona. No estaba pensando. —Entonces frunzo ligeramente el ceño y alzo el dedo índice para que quede claro—: Pero no me arrepiento de haberlo hecho en la ducha.

Gina sonrío con suficiencia y sigue convirtiendo los cartones planos en cajas útiles.

—¿Podemos sugerirte algo? —pregunta Wynn mientras acaba de cortar el plástico de burbujas en cuadrados—. No te acuestes con él hasta que os caséis.

Frunzo el ceño y abro los cajones de la cómoda para asegurarme de que están vacíos. Mi madre acaba de embalar una caja, va a por la siguiente y levanta la vista, interesada.

—Qué buena idea.

—De buena idea nada. Te lo digo yo.

Wynn envuelve mis marcos con plástico de burbujas y los guarda en una caja en cuya etiqueta pone FRÁGIL.

—Piensa en tu noche de bodas. Solo tendrás una. ¿No quieres que te desee con locura?

Las miro.

Ignoran que Malcolm goza tanto conmigo como los santos gozan con el agua bendita y los

pecadores con el pecado.

Lo hacemos a diario, varias veces al día. Lo necesitamos como comer o beber.

—No sabéis lo que decís.

—Imagina lo ardiente que sería vuestra primera noche como marido y mujer —dice Wynn. Los ojos le hacen chiribitas.

—Yo no me acosté con tu padre en todo el mes previo a la boda. Estaba que se subía por las paredes. Con razón me quedé embarazada de ti tan rápido.

La miro muy sorprendida, luego abre los ojos como platos cuando se da cuenta de lo que ha dicho.

—¡Mamá! ¡Demasiada información!

—Esperaría hasta la noche de bodas si se lo pidieses —me informa Wynn—. Saint siempre ha sido paciente contigo.

Meneo la cabeza; me niego a hablar más del tema.

En cuanto lleno la caja del maquillaje, miro a mi alrededor para ver qué queda por hacer. El cuarto parece vacío, salvo por los objetos más grandes. Que se quedan. Todos los muebles se quedan aquí con Gina y su nueva compañera de piso. En teoría, Wynn está pensando en cancelar su contrato de alquiler y mudarse. Se lo voy a suplicar, puesto que no quiero que Gina se sienta sola, y me temo que el mes que esté de luna de miel habrá soledad de sobra. Me da igual que me asegure que está «bien».

Wynn le pasa a mi madre la caja de los artículos frágiles para que la cierre y se acerca a mi cama.

—¿Te vas a llevar la almohada?

—No.

—¿Cómo que no te vas a llevar tu propia almohada?

—No sé. Me gusta tumbarme en su pecho.

—¿Y si algún día os enfadáis y no hay pecho de escándalo que puedas utilizar? —replica Gina, que empieza a montar una caja para la almohada.

—Espero que hasta cuando estemos enfadados pueda tumbarme en su pecho de escándalo. O en su hombro de escándalo. O en sus almohadas de escándalo. O en su cama de escándalo. No, nada de almohada.

—¡Has hecho enfadar a tu almohada!

Me pega con ella. Se la quito, la estrujo y la tiro a la cama con una punzada de remordimiento.

Es mi almohada. Es mi cuarto. Mi piso. Pero si lleno mi futuro con demasiadas cosas de mi pasado, no habrá sitio para lo nuevo. Y, aunque me da algo de miedo, espero lo nuevo con ansias.

Nos tomamos un descanso para almorzar y mi madre se va a su partida de cartas. Wynn y Gina se quedan hasta que Otis nos ayuda a cargar el resto de las cajas. Cuando volvemos, sudorosas y exhaustas, ya he acabado. Mi cuarto está vacío, bonito y... lo miro más detenidamente.

Me siento en la cama. En la cama de soltera de Rachel. Miro a Wynn y a Gina, que me observan desde la puerta con sentimientos contradictorios. Sentimientos como «Qué emocionante», «Echamos de menos a la Rachel soltera» y cosas por el estilo.

Me encanta la Rachel soltera. Pero ella nunca fue tan feliz como lo soy ahora.

—Ojalá te mudes aquí, Wynn. El cuarto es pequeño, pero está muy bien. Guardo muy buenos recuerdos de mi estancia aquí.



Esa noche me quedo en su casa al fin. Malcolm está hablando por teléfono cuando llego. Se calla al verme entrar. Me he duchado, me he puesto un chándal ajustado y me he hecho una coleta. Él lleva pantalones de vestir marrones y camisa negra; está para follárselo de todas las maneras.

Primero me derrito y luego lo saludo con la mano. Me acerco para besarlo en la mandíbula y él me da un apretón en el culo con actitud dominante. Nos miramos a los ojos; los suyos, ardientes, me dan la bienvenida.

Articulo solo con los labios: «Voy a invadir tu espacio de machito».

Y mientras murmura algo en alemán al micrófono, me frota la comisura de los labios con el pulgar. En silencio, sus ojos me dicen: «Invade todo lo que quieras».

Dios.

Este prometido mío hace que me flaqueen las rodillas.

Me voy a hacer sitio en el armario de Saint y en su baño privado.

Cuelgo mi ropa en el lado izquierdo del armario y coloco los jerséis, los vaqueros y los zapatos en una de las baldas que hay al lado de las filas y filas de artículos de diseño idénticos.

Estoy buscando un hueco para mis pintalabios y demás en su cuarto de baño cuando entra con paso airado, todavía hablando por el micrófono. Un poco frío, un poco exigente. Se descalza usando los pies y se saca la camisa de los pantalones. No puedo dejar de mirarlo.

Nunca puedo pensar con claridad cuando está cerca.

Y menos hoy, que pienso en lo horrible que sería no acostarme con él.

Una tortura.

El purgatorio.

Un tormento absoluto.

No, no, no, de castidad nada.

A mi Pecado le gusta el contacto físico y está que arde por mí; y yo siempre estoy húmeda para él.

Sería un infierno para nosotros. Un infierno.

Me quito los zapatos y los tiro. Mira abajo al oírlos caer. Frunce un poco el ceño mientras observa cómo el chándal me ciñe las piernas. Me mira la mano, el anillo, y sonrío para sí. Fija la vista en mis ojos.

Tiene una actitud muy posesiva ahora mismo.

Ahora... que me he mudado.

Se me contrae el estómago. Tengo las hormonas revolucionadas.

¿No tocarlo?

¿Por decisión propia?

«Lo siento. Es para que tengas la noche de bodas más perfecta del mundo, Livingston», me digo a mí misma.

Pensar en nuestra noche de bodas me pone todavía más cachonda.

Se desabrocha la camisa. Verlo con el pecho desnudo provoca un torbellino en mi cuerpo; es

imparable. Pectorales bronceados, pezones marrones y erectos, bíceps flexionados: todo su cuerpo promete destrozarme de nuevo. Quiero apartar la mirada, activar mi instinto de supervivencia. Estoy demasiado nerviosa, demasiado tensa. Lo observo con avidez: cómo se le estiran los hombros mientras se quita la camisa, cómo le brilla el pelo con la luz y cómo la sonrisilla de sus labios le llega a los ojos cuando al fin corta la llamada y se quita los auriculares.

—Como ves, mi... invasión ha sido un éxito. Ahora ya hay yin y yang —le digo con lujuria.

Todavía con el torso desnudo, abre un cajón del lado que acabo de llenar y mira dentro.

—Rosa.

—Sí.

Mira el segundo cajón del mismo lado. También es mío. Mientras él ojea mis cosméticos, mis horquillas, mis cepillos de dientes y mi peine ordenados a la perfección, yo me suelto el pelo, que me llega por debajo de los hombros.

Le doy golpecitos a uno de los cajones que hay al otro lado del lavabo.

—Este lado es tuyo. Y el otro es mío.

Señalo mi lado, el de las cosas rosas, y esbozo una amplia sonrisa.

Sus ojos son tan insondables como el mar mientras, despacio, me rodea con el brazo y me acerca a su pecho.

—Eres mía.

Se me corta la respiración felizmente y nos miramos a los ojos. Se nos ve muy satisfechos ahora mismo; es como si estuviésemos sonriendo con los ojos.

Y, de pronto, ardo de necesidad.

Anhelo esos ojos ardientes.

Quiero que me mire con esos ojos en nuestra luna de miel. Con unos ojos que me enciendan así. Con unos ojos que me deseen a mí y solo a mí, para siempre y sin arrepentimientos. Lo tomo de la mano y me dirijo al dormitorio. Lo suelto y me imagino haciendo el amor con todas las partes de su cuerpo.

Adoro a este hombre.

Dios, lo adoro tanto que no podría vivir si vuelvo a perderlo.

Me baja la cremallera de la chaqueta del chándal. Mi cuerpo reacciona al instante, pues sabe lo que se avecina.

Lo deseo tanto que se me tensa la garganta de pura necesidad, pero cuando Malcolm me sonríe y el peso de su ardiente mirada recae sobre mí, ansío que los ojos le ardan así en nuestra noche de bodas.

—Malcolm... —empiezo, y le tomo la mano para detenerlo.

De pronto, soy consciente de que voy a hacerlo, de que solo me casaré una vez con este hombre. De que solo tendremos una noche de bodas en toda nuestra vida. Esperar para estar juntos de nuevo valdría mucho la pena. Porque mi chico se merece una novia perfecta y una noche de bodas inolvidable.

Y quiero ser esa novia; quiero ser la chica a la que esté deseando tocar, a la que esté deseando metérsela.

—Estaba pensando en que podríamos... abstenernos de mantener relaciones sexuales hasta que nos casemos.

Retrocedo un poco mientras lucho contra mis propias hormonas y contra el deseo.

Me mira atentamente. Se le va borrando la sonrisa al tiempo que enarca una ceja. Y luego la otra.

—No es coña.

Niego con la cabeza despacio.

—Por desgracia, no. —Lo miro a los ojos; ya lo echo de menos—. Así, la noche de bodas será perfecta. Casi como si fuese la primera vez. Y, bueno, que solo es una semana. Y, de todas formas, estaremos ocupados.

—¿Es una afirmación o una pregunta?

—Si te pregunto, me dirás que no.

—Entonces es una afirmación.

Me mira con los ojos entornados. Rezuman frustración. En silencio, me exigen que les diga que no.

Pero no puedo. Asiento con la cabeza.

Se ríe y se pasa la mano por la cara.

—Venga, Rachel. El último antes de la boda. —Su voz áspera y hambrienta ha vuelto en su máximo apogeo—. Venga.

Camino hacia la ventana para reunir fuerzas y me vuelvo.

—Como no empiece ya, no voy a poder.

Avanza hacia mí con pasos largos y decididos y me toma en brazos.

—No estoy nada de acuerdo.

Una sombra de advertencia se cierne sobre su rostro.

—Anda, porfa.

Niega con la cabeza y me da un delicado beso en los labios.

—Ni por mil porfas.

—¿Y por cuatro mil porfas?

Me deja en el suelo, pero me mantiene tan cerca de él que no hay espacio entre nosotros. Frunce el ceño sin apartar los ojos de mí.

—Te lo voy a hacer esta noche. Toda la noche.

—Malcolm. Eres un exitoso hombre de negocios. Mañana me pedirás otra noche, y así sucesivamente.

—Nunca modifico un trato —dice con calma—. Y esto no afecta en nada a nuestra noche de bodas.

—Sí que afecta.

Me alza la barbilla con el pulgar y el índice.

—Te lo voy a hacer esta noche, Rachel. Toda la noche. Nada de dormir. Nada salvo tú desnuda bajo mis sábanas —me dice en tono autoritario, pero con una voz sorprendentemente dulce.

Mi sexo está hinchado y contraído por la necesidad; me flaquean las rodillas. Me duele solo de pensar en no volver a hacerlo con Malcolm hasta el día de la boda.

La expresión de Saint es tranquila, pero su mirada es cruda, primitiva, posesiva y decidida.

Espera con paciencia a que responda, y mientras libro una batalla interna conmigo misma, me acaricia la comisura de los labios con el pulgar. Gimo suavemente y tiemblo.

No se lo puedo negar ni una noche; no me lo puedo negar a mí misma.

—Vale —claudico.

Acto seguido, me susurra mi nombre al oído con lujuria masculina. Sonríe con sensualidad mientras retrocede ligeramente y me folla con la mirada. Me tira a la cama y se abalanza sobre mí.

—¡Saint! —me quejo entre risas, pero él ahoga mi voz con su cálida boca. Me aferro a él, porque lo necesito para respirar.

8. Vestido

Al día siguiente, me duele todo de tanto follar. Casi me dejo mi maravillosa vida en ello. Me estoy imaginando acostándome con él la semana que viene mientras compro cosas para la luna de miel..., sea donde sea.

—¿Frío o calor? —me atreví a preguntar el lunes.

—Calor. Esa es la única pista que te voy a dar.

—¿Este? ¿Oeste? ¿Norte? ¿Sur?

Me miró con aire misterioso y me entregó dos tarjetas de crédito a nombre de Rachel Saint. Una Visa platino y una American Express negra.

Me ha costado acostumbrarme a usarlas.

Primero, ¡porque me pone un poco! Pero la castidad también, aunque me esté matando. Los besos de Saint son más largos, casi como si quisiera mantenerme en un estado de hipersensibilidad constante hasta el día de la boda.

He recorrido todos los grandes almacenes de lujo en busca de los atuendos perfectos. Me he obligado a usar las tarjetas y me ha molestado un poco comprobar que, nada más verlas, las dependientas acudían a mí como moscas a la miel para hacerse con el dinero de mi chico. He comprado bikinis, chales, vestidos suaves y vaporosos, vestidos ajustados, lencería, picardías y camisones.

Ojalá fuese así de fácil encontrar un vestido de novia.

El jueves sigue sin haber novedades de las tiendas ni los diseñadores con los que habían contactado (Vera Wang, Reem Acra, Yumi Katsura y Monique Lhuillier). Mi madre me dice que vaya a su casa. Me tomo un descanso antes de tiempo y voy para allá.

Abre la puerta y me recibe con los brazos abiertos. Yo le correspondo con un abrazo. No habla mucho, al menos al principio. Me toma de la mano, se toca el rabillo del ojo con disimulo al ver mi anillo de compromiso y me invita a entrar.

—Estás más delgada. Siempre que tienes demasiadas cosas en la cabeza, te olvidas de comer y adelgazas —comenta mientras me lleva a su estudio de pintura—. ¿Qué tal la mudanza? ¿Te hacen falta más cajas?

—No. Los muebles se quedan con Gina, y la cama también, para su nueva compi de piso. Solo me voy a llevar lo mío. Ya casi estoy.

—¿Y Wynn está pensando irse a vivir con ella?

—Eso espero.

Asiento con la cabeza y ella me enseña las obras de arte en las que ha estado trabajando para las portadas de *Face*.

—Mamá, son preciosas.

—¿Tú crees? —pregunta, esperanzada.

—¡Me encantan! Voy a hacerles fotos.

Les hago fotos a las cinco con el móvil y oigo que mi madre me llama desde su cuarto.

—Rachel, ven. Quiero enseñarte una cosa.

Sigo su voz hasta el dormitorio. Está sacando algo del fondo del armario.

—Lo envasé al vacío hace años para conservarlo. Está como nuevo. Ni siquiera lo manché de tarta —dice, emocionada.

Cuelga un vestido largo de color blanco en lo alto de la puerta y yo lo miro boquiabierta. Sencillo, sofisticado y entallado; los hombros son elegantes; el escote, fino y la falda tiene una cola de sirena.

Mi madre insiste en que me pruebe su vestido de novia.

—Te quedaría superbién.

Mirarlo me provoca sentimientos contradictorios. Entre ellos, una punzada de nostalgia tan profunda que me pica un poco la tráquea.

Este es el vestido con el que mi madre caminó hacia el altar mientras la miraba mi padre. Solo un año después, no la volvería a ver jamás, y nosotras a él tampoco. Extiendo la mano para tocarlo, pero al instante reculo para protegerme del dolor que me podría causar.

—Pero es tuyo, no quiero...

—Lo mío es tuyo. Por favor. Compláceme.

Tomo aire. Se la ve tan ilusionada que no puedo decirle que no.

Descuelgo la percha. Me meto en el baño y me pruebo el vestido con cuidado. Salgo sin mirarme siquiera; sin ni siquiera respirar.

Mi madre es incapaz de disimular su alegría y emoción cuando salgo del baño. Entonces frunce el ceño y lo observa con ojo crítico mientras me rodea y me examina con la minuciosidad de una sastra profesional.

—Habrá que meterle por aquí. Y en la cintura y las caderas. Pero muy poquito.

Le brillan los ojos.

—Madre... —empiezo.

—¿«Madre»? ¡Qué formalidad! ¿Desde cuándo me llamas así? —pregunta mientras arruga el ceño y se cierne sobre mí—. Porfa, di que sí.

—Es que...

—¡Significaría mucho para mí! Para que tengas buena suerte.

Se me humedecen los ojos.

—Pero ¡si papá murió!

Me tapo la boca y abro los ojos como platos. No puedo creer que lo haya dicho en voz alta. Me tapo la cara, avergonzada.

—Pero mientras estaba vivo, nos quisimos muchísimo. Vivimos una historia de amor preciosa. —Me inclina la cara—. Rachel, sé con quién te vas a casar. Sé que quieres que ese día

sea perfecto. Sé que quieres demostrar y sentir que mereces ser la mujer que vaya a ese altar. Y lo eres.

»Eres la mujer ideal, porque él te eligió a ti y tú lo elegiste a él. Un vestido no decidirá tu futuro. Decidirá cómo te sientes... ese día. Punto. Hazme caso, lo conozco lo suficiente como para saber que le va a importar un pepino lo que lleves mientras vayas al altar. Veo cómo te mira. Has pasado domingos aquí en chándal, en vestido, en vaqueros... Vino cuando pintamos deprisa y corriendo la primera portada para *Face*. Estabas manchada de pintura y él no podía dejar de mirarte. Podrías ir de negro o rosa y ese hombre seguiría amándote.

No digo nada mientras me dirijo al baño para quitarme el vestido.

Malcolm quiere darme una boda por todo lo alto porque cree que es lo que merezco. Y yo quiero ser la novia perfecta porque creo que eso es lo que merece. Pero sé con certeza que, cada vez que hablamos de la boda, lo que nos importa, lo que más deseamos, no es la boda en sí, sino casarnos. Punto.

Vuelvo a la habitación con el vestido. Mi madre lo coge y se dispone a guardarlo.

—Mamá, vamos..., vamos a arreglarlo para que me quede perfecto.

Abre mucho los ojos y se le suavizan las facciones.

—Gracias, Rachel.

Nos abrazamos. Sin comerlo ni beberlo, ya tengo vestido.

9. La víspera del viaje de despedida de soltero

Subo al último piso de M4 en ascensor y me dirijo a la mesa de Catherine.

—¿Está ocupado? —pregunto.

—¿Para ti o para el resto de la humanidad?

Me sonrío y lo avisa de que estoy aquí. Rodea su escritorio y me acompaña a las puertas de cristal esmerilado.

En cuanto agarro el pomo, me pone una mano en el hombro para que me detenga.

—Rachel.

Centro mi atención en ella. Varias emociones le cruzan el rostro mientras se esfuerza por hablar.

—Llevo a su lado casi diez años. —Señala su despacho con la cabeza—. Desde que murió su madre y se distanció de su padre. Me pagó la escuela de negocios. Podría haber elegido a los que se graduaron con más nota, pero me eligió a mí. Lo vi luchar cuando no lo animaba nadie. Lo vi mejorar solo para fastidiar a su padre, para demostrarle lo que valía. Lo he visto hacer todo lo que le dijeron que no podía hacer solo para demostrarse a sí mismo que sí podía. Pero nunca lo había visto enamorarse de una chica hasta ahora. Os deseo lo mejor. En serio.

Aunque siempre he sabido que Catherine está enamorada hasta las trancas de Saint, parece sincera. Diría que se alegra por nosotros.

—Gracias —respondo. Le doy un abrazo rápido y cruzo con cuidado las puertas esmeriladas que llevan a la guarida de Saint.

Pecado me guiña un ojo a modo de saludo. Viste vaqueros y un jersey verde que realza el color de sus ojos.

Saltan chispas cuando nos miramos a los ojos y nos sonreímos. El estómago me da un vuelco y me retuerzo de placer.

Cuando consigue dejar de mirarme, vuelve al trabajo. Se desploma en su sillón y le hace un gesto a su ayudante para que pase.

—Catherine.

Saint modifica algunos términos del contrato, firma con sus iniciales, después rubrica la última página y le devuelve los documentos.

—Ahora mismo los envío, señor. Los planos para la ampliación del aparcamiento están aquí.

—¿Aquí y no en mi escritorio? —pregunta, enarcando las cejas, pero con una mirada risueña.

Mientras ella le explica el motivo, él se recuesta y la escucha atentamente con esa gracia natural que exhibe sin pensar. Asiente con la cabeza, le da las gracias desde detrás de su escritorio y se acerca a mí, que estoy junto a la ventana con aire acechante.

Me toma de la nuca y me da un beso en la sien.

—Hola. No he querido despertarte esta mañana.

—¿Te enseñó lo que ha hecho mi madre para las próximas portadas?

Le tiendo la carpeta.

La toma con una mano y me acaricia la mejilla con los nudillos de la otra.

Mi cuerpo chisporrotea al notar su contacto; su roce me recorre las venas y me calienta de arriba abajo.

—Qué pasada.

Está concentrado en las fotos. Ladea la cabeza. Es tan guapo que parece de otra especie.

Pasa las hojas despacio y las examina una a una a fondo mientras yo lo examino a él.

Ay, madre mía.

Lo que amo y necesito yo a este hombre...

—¿Te llama la atención alguna? —pregunto en un intento de leer su perfil indescifrable.

—Me gusta la que tiene la huella de tu mano. Empiezas con el artículo sobre Acabemos con la Violencia. Hablas de lo que quieras. Vas tema por tema, preparando el camino, orientando a tus lectores. —Repasa las portadas—. Y, después, yo seguiría con esta. El mundo. Así dejas claro que la revista se interesa por las personas.

Me acerco a él poco a poco y, con discreción, inhalo su aroma con fuerza mientras señalo una foto.

—¿Y si empiezo con la del mundo y en el próximo número uso la de mi mano?

Gira la cabeza para observar mi perfil. Su voz es baja y pausada, como el sexo de medianoche.

—Pues también. Abarca mucho y, después, profundiza.

Lo miro a los ojos y le sonrío con el frenesí que me posee cuando estoy cerca de él. Me mira tan maravillado como dice mi madre, y se me contrae el estómago, caliente y tenso.

—Estoy orgulloso de ti —dice.

Le echa un vistazo al anillo que llevo en la mano izquierda. Me lo acaban de ajustar; me queda perfecto.

—Estaba pensando en hacerte la cena, o intentarlo, esta noche. —Me pongo a contar con los dedos—. Puedo preparar una ensalada, comprar pan recién horneado, una carne muy buena...

—A ver qué te parece esto. —Me sienta en el borde de su escritorio y me sujeta por las caderas mientras se inclina hacia delante—. Tú haces la ensalada y calientas el pan, y yo cocino la pasta.

Esbozo una sonrisa.

—Aparte de mi madre y mi abuela, nadie me ha preparado la cena nunca.

Arquea las cejas.

—¿Conoceré algún día a tu dulce abuelita?

Niego con la cabeza.

—Murió.

Se le borra la sonrisa de la cara y se muestra preocupado.

—Lo siento.

Lo tengo tan cerca que podría besarlo.

—¿De verdad sabes preparar pasta? —pregunto con dulzura.

Me sonrío con chulería.

—Tú espera y verás.

—Estoy impresionada.

Me mira como diciendo: «Y aún no has visto nada».

—Que he estado soltero —me recuerda.

—Has estado soltero, pero tenías chefs —replico.

El brillo que tanto me gusta le ilumina las pupilas mientras asiente despacio.

—Cierto, pero he aprendido algunos trucos por el camino.

—Me conozco de sobra tus trucos. —Me río al pensar en esos besos que no llegan a ser besos y en su forma de seducir y provocar—. Una ventaja de salir con un hombre tan sofisticado es que conoces de primera mano y muy íntimamente sus trucos, como si tuvieses asientos en primera fila.

Se limita a mirarme en silencio con una sonrisa maravillosa y, de nuevo, me acaricia la mejilla con los nudillos.

—Las ventajas de casarse con él —me susurra con voz tórrida— serán aún mejores.

Estoy sin aliento, colorada, y su mirada me sofoca. Al fin consigo decir:

—Tienes una cita.



Era el paraíso, pero yo seguía en un casto infierno.

Intenté no fijarme. Traté de ser fuerte. Pero no era inmune en absoluto a ver a Saint cocinando para mí. Un tío cocinando es de lo más excitante que hay. Y Saint, tan alto y relajado, caldeaba el ambiente con solo estar ahí, callado y seguro de sí mismo. El pelo le tapaba un ojo, cortaba los ingredientes con facilidad y echó un montón de especias a la pasta. Las mangas subidas dejaban al descubierto sus robustos antebrazos.

Lo pasamos de maravilla. Reímos. Cenamos en la terraza junto a la chimenea. Bebimos vino. Comimos. Hasta brindamos por lo bien que habíamos trabajado juntos en nuestra primera incursión en la cocina, porque, sorprendentemente, la cena estaba buena.

Por la noche me puse una de sus camisas blancas y nos acurrucamos en la cama. Me besó, me acarició con suavidad por encima de la camisa y yo le devolví las meticulosas y exquisitas atenciones que me prodigaba su boca con el desenfreno propio de una adolescente. Lo mordí entre el cuello y el hombro, le masajeeé el pecho desnudo y traté de no pensar en que se le marcaba algo en los pantalones. Cuando estuvimos demasiado exaltados para continuar, nos quedamos en silencio, abrazados. Apoyé la cabeza en su pecho y él, el mentón en mi coronilla, y así nos dormimos.

Por la mañana me despertó para despedirse. Recién duchado, me dio un beso fugaz en las

comisuras de la boca. Mi chico. Mi soltero. Que se iba con los colegas a trabajar y a jugar.

—Pásatelo bien —susurré, y le devolví el beso.

—Descuida.

Me miró durante un largo rato y la mirada se le encendió tras mi beso.

—Te voy a echar de menos.

—Cuida de mi chica por mí.

—Y tú cuida de mi chico.

Y se fue. Me envió un mensaje antes de despegar:

La próxima vez estaremos tú, yo y un bote de nata.

Y morí.



Es de noche en Dubái y de día en Chicago. Un triste sábado sin Malcolm en Chicago. La despedida de soltero de Saint ya ha empezado y yo estoy en mi casa con Wynn y Gina, bebiendo vino y cotilleando en las redes sociales para enterarme de lo que le han preparado sus amigos.

@malcolmsaint ¡ENHORABUENA!

Espero que @malcolmsaint siga teniendo mi número cuando corten

@racheltepidoparami PEDAZO DE GUARRA OJALÁ TE DEJE

Los hombres con alianza ME PONEN, llámame cuando quieras @malcolmsaint

Ahora que @malcolmsaint está fuera del mercado tal vez tenga una mínima posibilidad con las tías de la discoteca

Releo su último mensaje por enésima vez.

—Estás obsesionada —me dice Gina, tan sabia ella—. No van a aparecer más palabras por arte de magia.

«La próxima vez estaremos tú, yo y un bote de nata».

—Ya —admito.

—¡Pues deja de mirarlo! —exclama, y se ríe.

Yo sonrío.

—Es una broma nuestra.

Releo el mensaje y cierro los ojos.

—Saint es la recompensa de Rachel por todos estos deprimentes años de soltera pasándolo mal —dice Wynn, contenta.

—No hay nada de Dubái —informa Gina—. Pero todo el mundo espera noticias de la boda.

Wynn y Gina me observan atentamente.

—¿Estás celosa de que esté en Dubái? —pregunta Wynn.

Me río y descarto la idea. Me sirvo una copa del vino con el que Saint me obsequió una vez, mi favorito. Le doy un sorbo y me miro el dedo anular de la mano izquierda. Mi anillo, recién ajustado.

—Creo que es bueno para una relación que cada miembro de la pareja saque tiempo para estar con sus amigos.

Me echo más vino.

—Y todos los hombres disfrutan de una despedida de soltero. Me alegra que deje atrás sus viejas costumbres.

A mi despedida de soltera asisten Valentine, Sandy, Wynn, Gina y la caja de vino que envió Saint después de nuestra primera cata de vinos. Estoy borracha nada más empezar y doy cabezadas casi todo el rato.

Tengo una pesadilla...

—¡Saint! —chillan las chicas mientras él nos observa a dos fans y a mí en el agua desde la cubierta del *Juguete*—. ¡Saint, Saint, por favor, Malcolm Saint!

Me quedo sin aire cuando veo que se va a desabrochar la camisa.

—Está bien.

Abro los ojos como platos cuando se la quita. La sangre me recorre las venas, de pronto hinchadas por mi corazón desbocado. Se desata los cordones del bañador con las manos, grandes, bronceadas y de dedos largos. Se me nubla la vista al ver que se lo quita de verdad. Durante los tres segundos que se queda de pie en el borde del yate se lo veo todo. Todo, todito, todo. Veo que la tiene dura. Que es la perfección hecha persona: tonificado, cincelado, caderas estrechas, pecho ancho, piernas largas y musculosas, brazos robustos y delgados. ¡Qué sofocón! No lo soporto. Meto la cabeza en el agua y cierro los ojos hasta que oigo el chapoteo que hace al zambullirse.

Salgo y él hace lo propio. Sonríe y se echa el pelo hacia atrás.

—¡Madre mía!

Las chicas nadan hasta él y oigo sus resuellos ásperos e irregulares mientras intentan que Saint escuche sus dulces súplicas con voz ronca.

—Qué bueno estás, Saint —susurra una—. ¿Podemos quedarnos? ¿Podemos quedarnos a dormir, Saint?

—Esta noche no —dice, y se sumerge antes de que lo alcancen.

Las deja haciendo pucheros. Emerge detrás de mí y me da un golpecito en la espalda.

—Hola —saluda.

Advierto que las chicas se suben al yate y se ponen sus camisas blancas.

Se me hace un nudo en el estómago cuando me doy la vuelta y clavo la mirada en sus ojos verdes. Nos quedamos quietos flotando, mirándonos fijamente. Es como si solo existiesen las aguas oscuras, el cielo y él, lo más oscuro que me ha atraído jamás.

—Hola —respondo.

—Ven aquí —susurra.

Me despierto sobresaltada.

Son las cinco de la mañana en Chicago (por lo tanto, las tres de la tarde en Dubái) y las chicas siguen de fiesta y me despiertan.

—Cógelo, Rachel —me indica Gina.

Mientras ella está con su iPhone pegado a la oreja, me pongo a buscar el mío medio dormida. Baja su móvil un momento y me dice:

—Ya han cogido el avión. Tu chico se está portando tan bien como un hombre casado. Parece que se haya dejado la polla en casa. Espera.

Activa el altavoz y oigo el acento texano de Tahoe.

—Felicidades, Rachel. Sigues siendo su favorita. Había pelirrojas, morenas, pechugonas... Todas para Carmichael y para mí.

Gina desactiva el altavoz y yo sonrío como una tonta porque sigo siendo la niña de los ojos de Pecado.

—Quiere hablar contigo.

—¿Tahoe?

—¡Saint!

Agarro el móvil de un salto.

—Hola, soltero —digo arrastrando las palabras por el sueño.

—Hola, futura esposa —dice con la voz ronca por haber bebido y no haber dormido.

Sus palabras me calman. Hay algo cálido y embriagador en la forma en que dice «futura esposa».

Mmm... ¿Y algo un poco posesivo también?

—Voy directo a casa. Sin escalas. A toda velocidad —añade en voz baja.

Aprieto más el teléfono y me retuerzo, expectante.

—¿Y qué? ¿Te has divertido?

—Mucho —dice. Parece cansado. ¿Será por el viaje?

—¿Me has echado de menos?

—Eso más. Te he estado llamando, pero no contestabas.

Me doy cuenta tarde de que Wynn, Gina, Valentine y Sandy me observan con curiosidad, así que me acerco a la ventana y bajo la voz.

—Me he quedado dormida en mi propia fiesta.

—Entonces, ¿no ha habido nata? —Su voz baja una octava; diría que percibo una advertencia velada en su tono.

—No.

—Bien. —Pese a hablar bajito, su tono es amenazante—. Mantendré mi expediente limpio y no me cargaré a nadie..., de momento.

Imito su tono.

—Y yo dejaré vivir a las morenas, las pelirrojas y las pechugonas..., de momento.

Se ríe entre dientes; es una risa larga y suave, y la noto tan cerca que recuerdo lo cálido que es su aliento cuando se ríe en mi oído.

—Señora Saint —empieza a decir, encantado de la vida y sin arrepentirse lo más mínimo—, es usted un ángel.

—Y usted, señor Saint, un demonio.

—Pues en quince horas tu demonio estará de vuelta en casa.

Cuando cuelgo, me he convertido en mantequilla. Mis muslos son de mantequilla, al igual que

mi corazón; y, de regalo, unas mariposas revolotean por mi estómago.

10. Casa

Como es un vuelo de quince horas, hago tiempo con las chicas y espero a que se me pase la resaca. Luego, a primera hora de la tarde, me voy al ático a ducharme y a cambiarme.

A las siete, lo estoy esperando en su casa. Me paseo un poco y me pongo a guardar mis cosas. No quiero agobiarlo con mi intromisión, y cuando tenía un cuarto para mí sola, no era tan cuidadosa.

El cansancio está haciendo mella en mí, pero como me tumbe en la cama, me quedaré frita. Me acurruco en la sala de estar. A un lado tengo una vista perfecta de los ascensores y, al otro, Chicago. Me quedo dormida mientras observo las luces parpadeantes de la ciudad.

Oigo el timbre del ascensor y me espabilo mientras me pongo en pie por culpa de la adrenalina.

Es como si la estancia se iluminase con la mera entrada de Malcolm en el ático.

Lo veo y él me ve a mí. El aire se calienta y crepita como si estuviese vivo. Salta dibujando arcos que viajan de él a mí y de mí a él. Saint clava sus ojos en los míos y mi corazón baila mientras lo observo con una nostalgia, un deseo y una alegría multiplicados por mil.

El halo de seguridad que lo rodea irradia la energía de un cable de alta tensión y me atrae como una llama en la oscuridad.

Suelta el equipaje.

—¡Estás increíble!

Noto una punzada de emoción cuando reconozco su tono de admiración. Me he puesto una de sus camisas blancas para dormir, pero siempre le sorprende.

—Tú también —contesto con voz ronca.

—¿Qué tal, Rachel?

Me invade una oleada de emociones muy fuertes cuando asiento en respuesta.

—¿Y tú?

—Bien.

La espera hasta que me estrecha entre sus brazos se me hace eterna; es casi insoportable. Nos damos un abrazo de oso. Un abrazo fuerte y caluroso de un minuto en el que no deja de repetirme que me ha echado de menos. Su cercanía me enciende mientras saboreo la fuerza y el calor de su abrazo. Huele al cuero de su flamante avión. Y a madera. Y a jabón. Y a Saint. Ay, Dios, Saint.

—Qué gusto estar en casa.

—¿En serio?

La sinceridad de su mirada es casi desgarradora.

—En serio.

Me sonrío. Con una mano me aparta el pelo de la cara, y la otra la coloca en la parte baja de mi espalda. Me acerca a su pecho y me besa en los labios con pasión. Estoy más que dispuesta. Lista. Blanda. Y excitada.

—Dios, cómo te he echado de menos —susurro, y entierro las manos en su pelo.

—Y yo a ti. —Me chupa el labio inferior, se apodera de mi boca una vez más y añade con una voz áspera—: La próxima vez que vaya a Dubái, tú te vienes conmigo.

Se mete la mano en el bolsillo trasero de los pantalones y saca una ficha de casino; le brillan los ojos. La ficha es del color de sus ojos y tiene tantos números que me cuesta creer que exista una ficha para esa cantidad.

—Le presento mi moneda de la suerte, señora Saint. Tahoe y Callan matarían por esta maravilla. No la cobraré hasta que vayamos a Dubái más adelante.

—Mmm... Mala idea. No puedes cobrar la ficha de la suerte si te da suerte.

Me besa en la frente.

—Tú serás mi amuleto.

Lo sigo mientras lleva la maleta al dormitorio, deja las cosas, se saca el pasaporte del bolsillo trasero, se quita el reloj y los zapatos y abre el grifo de la ducha. Dejo la ficha de la suerte al lado de su pasaporte. Me tumbo en la cama e intento no pensar en que el hombre de mis sueños y mis fantasías está ahora mismo desnudo y enjabonándose en toda su gloria a escasos metros de distancia.

En teoría, no debemos acostarnos.

Nada. De. Sexo.

¿Me has oído, cuerpo?

Dios. ¡Vaya mierda de idea!

Pero ¡la noche de bodas será redonda!

Ahora que vuelvo a estar a salvo y a gusto, cambio de postura. En nuestra cama. Es tan blandita y tan cómoda que, de pronto, me da miedo quedarme dormida antes de hablar con él, así que lo espero en una silla que hay junto a la ventana.

Tengo la cabeza apoyada en el brazo y nos imagino en Dubái, cuando oigo unos pasos familiares salir del baño, ir al salón, a la cocina y, un minuto después, volver al cuarto.

Soy perfectamente consciente del momento en que esos pasos se dirigen hacia mí al fin. Antes de darme cuenta, Malcolm me pasa los brazos por debajo de las piernas y por detrás de la espalda poco a poco y me atrae su pecho. El olor de su cálida piel me adormece todavía más. Está caliente. Oigo cómo le late el corazón. Bum. Bum. Con fuerza. Resuena en mis oídos. Siento unas almohadas mullidas debajo.

Me sube las manos por las pantorrillas. Despacio. Unos dedos cálidos y callosos dibujan círculos en mi piel. Ahora los tengo en las corvas. Y con sus labios... me besa con delicadeza en el interior de la rodilla.

Me revuelvo un poco.

—Malcolm, no podemos. No puedo... No quiero negarme.

—Pues no te niegues.

—No me pidas eso.

Le brillan los ojos en la penumbra.

—Te haré disfrutar esta noche. Necesito a mi chica, los gemidos que hace. Ver cómo se mueve. Lo colorada que se pone.

Cuando lo miro a la cara, el amor que siento por él se convierte en una bola de fuego que me arde en el pecho.

—¿Has disfrutado de algún baile privado?

—No, solo he visto a un montón de mujeres desnudas bailando para mí. Les he dicho que les bailasen a los pobres diablos que no tienen lo que tengo yo.

—¿Eran guapas?

Suelta una risa suave, áspera y sardónica.

—Les estás preguntando a los ojos más hastiados de la ciudad. Han visto cosas más bellas. Todos los días ven algo más bello.

Me siento como una adolescente, muy necesitada de su amor. No puedo disfrutar de su cuerpo, pero sí de su amor, y lo prefiero antes que cualquier otra cosa.

Me fijo de nuevo en sus manos, que ahora me separan los muslos. Noto que la cama se mueve, por lo que abro los ojos. Está arrodillado entre mis piernas. Establecemos contacto visual y casi me derrito ahí mismo. Sus músculos desnudos parecen comestibles. Tiene los ojos más oscuros y se ha dejado crecer un poco la barba. Parece más *sexy* con las luces de fuera bailando en su rostro. Más oscuro. Misterioso. Sobre todo ahora mismo: arrodillado, separándome más los muslos, mirándome con fiereza, apretando la mandíbula, frotándome los muslos arriba y abajo.

—Ha sido la última vez que... juegas —le aviso.

—No. Ahora estoy jugando contigo. —Es un hombre provocador, *sexy* y seguro de sí mismo. Pero entonces se pone serio—: Te he echado de menos, Livingston.

Se estira hacia la mesita de noche y yo me incorporo, sorprendida cuando reparo en por qué ha salido de la habitación hace un momento al tiempo que saca un bote de nata y me ordena con urgencia:

—Túmbate.

Me da un vuelco el corazón. Cierro los ojos con fuerza. ¡Ay, madre mía! Mis otros sentidos se intensifican. Me ha subido la camisa hasta la cintura y se me ven las bragas. Noto que una mano imaginaria me aprieta justo por debajo del ombligo.

Me tumbo, tal y como me pide.

Sus dedos juegan con la cinturilla de mis bragas. Me provoca. Me frota. Traza circulitos. Sube y baja los pulgares por debajo de mi ropa interior. Respiro un poco más fuerte. Digo un poco, pero me temo que se me oye respirar. Se me escapa una risita. La risa se convierte en jadeos cuando noto el roce de sus labios en la parte superior de un muslo. Me toca las piernas. Las corvas, el interior de los muslos...

Me asusta cuánto lo quiero. Cuánto lo necesito.

Me besa en los muslos con cariño y asciende despacio hasta que llega al lacito que decora mis bragas. Me sube más la camisa; su boca tiene fijación por mi ombligo y le da un besito. El calor de sus manos mezclado con el ardor de sus labios, que lentamente me besan la piel, hace que se me ponga la carne de gallina. Se me endurecen los pezones y Malcolm se da cuenta.

—No abras los ojos —murmura mientras me da un ligero apretón en un pecho.

Se me calienta el abdomen.

Tiemblo y permanezco quieta al mismo tiempo.

—Malcolm, yo no quería. Una fiesta, digo. No quería a un desconocido cerca. El único hombre al que quiero ver cubierto de nata eres tú.

—Bien, porque me tienes. A mí y solo a mí. Y la que va a acabar cubierta de nata vas a ser tú.

Me desabrocha la camisa y me la quita con delicadeza. Se me ven los pechos. Aún me hormiguean las piernas allí donde me ha tocado. Es como si mis entrañas fuesen de cera caliente. Tengo ganas de derretirme. De explotar. De estallar.

Oigo un ruido y noto que traza un círculo perfecto alrededor del ombligo con algo frío. Me muero. La nata de los cojones. Alrededor y por dentro de mi ombligo.

Me va dando besos desde el cuello hasta donde me ha cubierto de nata. Me chupa y me pasa la lengua por la piel, lo que hace que me estremezca más. Y siento otro escalofrío cuando me baja las bragas.

Se enrosca mis piernas alrededor de las caderas y empieza a lamer la nata. Gimo y le agarro del pelo; me encanta sentirlo entre los dedos.

Noto su pecho entre las piernas, justo donde lo quiero.

Donde lo quiero y no puedo tenerlo.

Entrelazamos los dedos y me sujeta las manos a los costados. Me chupa la tripa. Parezco mantequilla. Noto un calorcillo en la barriga. Me cosquillea todo. Se me está derritiendo el cerebro. No quiero pensar... No puedo pensar. Estoy tan... a gusto. Tan tan a gusto. Unos labios suaves y firmes. Unas manos fuertes y tersas. Me roza los pechos con el pelo a medida que asciende poco a poco.

Abro los ojos y, cuando me mira, veo que también se muere de ganas. Igual que yo.

—Me muero de ganas de metértela —gruñe en voz baja—. Mi polla está celosa de mi lengua y de lo que está a punto de hacer.

—Madre mía, Saint, me estás matando.

—No, tú me estás matando. Tú, pequeña. Pero la próxima vez que esté dentro de ti, ya serás mi mujer. Mi mujer. Esperaré lo que haga falta por ti.

Me besa en la boca con ternura y yo jadeo y resuello. Su cuerpo hierve por el deseo acumulado. Es de esa clase de sed que te consume por dentro.

No puedo moverme, no lo detengo, no respiro... Nunca respiro bien cuando me toca o lo tengo cerca.

Baja más, despacio, y se asegura de pasar por mi entrepierna. Me muerdo la mejilla cuando me cubre con una generosa cantidad de nata mi doloroso, palpitante, contraído y húmedo sexo. Me estremezco.

Se lo ve hambriento cuando ladea la cabeza y me da un beso ahí, entre mis temblorosos muslos, un beso que me atraviesa y me llega al corazón. Su beso es tierno, posesivo. De órdago. Lo da todo cuando besa. Se lleva todo lo que tengo. Me deja sin aire. Me arqueo. Gimo.

Él también gime y me abraza más fuerte. Profundiza el beso y me mete la lengua sin compasión. Me besa así una y otra vez. Saborea. Devora. Me saborea más y más hondo.

No es la nata lo que le gusta, lo sé. Se vuelve más goloso justo cuando ya no queda... y solo quedamos yo y mi deseo por él.

A Saint le gusto cuando estoy indefensa y confío en él. No podría estar más indefensa que

ahora. No paro de hacer ruido, de gemir y de retorcerme.

Él también gime mientras yo me humedezco más y más. Muevo las caderas en busca del placer que me proporciona su boca. Me hago añicos entre sus brazos. Lo agarro por la coronilla y hundo su cabeza más entre mis piernas. Veo cómo la mueve mientras me besa; me arrebató la vida con un beso y se tortura lo indecible cuando llego al orgasmo con un siseo y me arqueo para él.

Cuando emerge, le cuesta respirar. Se le han endurecido los músculos de la necesidad y está tenso de tanto reprimirse.

—Quiero llenarte de nata yo a ti —refunfuño.

Me besa. Durante un minuto entero me coge de la cabeza y me saborea despacio, con calma. Me chupa los labios, me los mordisquea y los degusta, lo que hace que me estremezca de placer.

Caen las barreras.

Le devuelvo el beso, hambrienta; siempre tengo hambre de él. Lo beso con el corazón, con los labios, con la mente, con las manos con las que me aferro a sus hombros y con toda mi alma.

—Accedí a esperar hasta la boda. —Hay un brillo travieso en sus ojos, pero se le ha tensado la mandíbula de lo decidido que está—. Espero que estés preparada para mí.



No puedo dormir. Estoy ansiosa, emocionada. Siento que el día de la boda está cada vez más cerca ahora que Pecado está en casa.

Le doy un empujoncito por la noche en la cama y él arquea una ceja.

—Mmm.

—¿Estás dormido?

Se tumba bocabajo y mete el brazo por debajo de la almohada, entre gemidos.

—Ya no.

—Tienes *jet lag*. Vuelve a dormirte. Perdona.

—¿Cómo es que no estás durmiendo?

—Han llegado las invitaciones.

Me mira mientras me aparto un momento y cojo una. Le enseño la M y la R entrelazadas y lo que hay escrito dentro.

—Perfecto —dice.

Sonrío y la dejo en la mesita de noche.

—¿Crees que los invitados sabrán guardar el secreto cuando enviemos las invitaciones?

Levanta la cabeza y entorna los ojos. Se pasa una mano por la cara.

—No —dice, y me acerca a él—. De todas formas, tenemos seguridad. Ni cámaras ni prensa ni libre acceso ni nada.

—No podemos evitar que hagan sus conjeturas, ¿no?

Intentarlo sería una pérdida de tiempo y de energía.

—No, no podemos. —Señala mi móvil—. Sea lo que sea lo que hay ahí dentro..., se queda ahí dentro. Ni aquí. —Me da un golpecito en la cabeza—. Ni aquí. —Me da un golpecito en el pecho—. ¿De acuerdo?

Asiento con la cabeza.

—Vuelve a acostarte, que tienes *jet lag*.

Apoyo su cabeza en mi hombro y le atuso el pelo.

Se gira y suspira cerca de mi cuello. Me besa en la frente y me abraza más fuerte.

—Madre mía, cómo te he echado de menos...

11. Preparada

Saint me picó la Noche de la Nata. ¿Quiere saber si estoy preparada?

Estoy preparadísima.

La flota de aviones de M4 está lista.

Se han enviado las invitaciones.

No dejan de llegar regalos. Envueltos a la perfección, esperan a que alguien los abra.

En las invitaciones solo aparecen la hora y la fecha en que salimos de O'Hare y el día en que los invitados volverán a casa. En teoría, nadie sabe dónde vamos.

Todo está listo.

Malcolm Saint y yo nos casamos el próximo fin de semana.

12. Filtración

¡Se ha filtrado información de la boda secreta!

Las conjeturas acerca del enlace entre el magnate Malcolm Saint y la periodista Rachel Livingston están a la orden del día en la ciudad. Las fuentes confirman que está previsto que se celebre una boda secreta en un complejo privado muy exclusivo de una isla algún día de este mes. Solo asistirán unos cincuenta invitados entre parientes cercanos, socios comerciales y amigos.

Más, próximamente.

13. La isla

A primera hora de la mañana del miércoles, la flota de aviones de M4 pone rumbo a la isla perfecta. Es de las favoritas de los famosos. Las casas privadas y los bungalós cerca de la playa ocupan la mayor parte del terreno, junto a un hotel en el centro, que es de donde salen y adonde llegan los coches. Al resto de la isla solo se puede acceder en carrito de golf, en bici o a pie.

Celebraremos el banquete en los jardines botánicos de la isla, a solo tres minutos a pie desde la capilla.

Cuando la flota de aviones de M4 aterriza, Saint, mi madre y yo salimos del avión. En otro van Tahoe, Callan y un montón de amigos de Saint. Wynn, Gina, Valentine, Sandy y mis antiguos compañeros de *Edge* llegan en otro. En otro viajan conocidos de Saint. Y en otro, el cuerpo de seguridad y los encargados de que la ceremonia vaya sobre ruedas.

El exuberante paisaje y la cálida brisa los tienen a todos deslumbrados. Malcolm Saint y yo nos casamos en el paraíso.

—No veas, loco —le dice Tahoe a Malcolm tras acercarse a grandes zancadas y darle una palmada en la espalda. Le sale el acento de Texas—. Te lo has currado.

Saint se ríe y le devuelve la palmada.

—Dime algo que no sepa.

14. Jugamos en la playa

Dormimos en *suites* presidenciales y contiguas con vistas al mar.

Nuestros invitados se distribuyen por el resto del complejo. Todos se alojan en bungalós, excepto mi madre y mis amigas, que quieren estar a mi lado el día de la boda para ultimar los detalles. El personal del hotel nos ha tratado como reyes y reinas desde que llegamos, lo que tiene sentido, ya que Saint ha reservado la isla entera para nosotros: los invitados, el cuerpo de seguridad, los fotógrafos y los chefs son las únicas personas que hay aquí.

Pecado ha pasado todos los días a mi lado, pero, cuando se hace de noche, me quedo sola en mi *suite*, por lo que a veces invito a mi madre o a Gina para no caer en la tentación de llamar a su puerta como si fuese sonámbula, pero despierta.

Las noches se me hacen eternas, pero entre el viaje, instalarme y ocuparme de los detalles, los días se me han pasado tan rápido que no me acabo de creer que mañana al fin sea la boda.

Nos casamos mañana.

Nos casamos y, luego, a la cama. ¡Yupi!

Las chicas han ido a dar un paseo en bici y mi madre está leyendo en su cuarto. Saint y yo pasamos nuestro último día libre en la isla juntos, bebiendo (yo, Bloody Mary y él, un aviador), sumergiéndonos en las olas y tostándonos al sol.

La puesta de sol tiñe el cielo de naranja. Se me han arrugado los dedos de pasar tanto tiempo en el agua. Mientras me dejo mecer por la corriente, demasiado cansada para nadar, estoy casi segura de que he visto algo plano y oscuro moverse a mi lado.

Me quedo inmóvil y aguanto la respiración cuando pasa junto a mí.

—Malcolm, hay una raya. Está aquí, me ha rozado. ¡Hostia puta, tío!

Me apresuro a salir del agua y él, en vez de hacer lo mismo, se zambulle y se aleja más y más de la orilla.

Vuelve a salir.

—Es una guitarra moteada.

—¿Y por qué la sigues?

Se ríe y se echa el pelo hacia atrás mientras nada hacia delante y se pone de pie.

—No te va a hacer nada.

Me siento en la arena y me llevo la toalla al pecho. La luz del sol le ilumina los ojos; parece el reflejo del mar.

Vadea las olas.

—No tienes respeto por los depredadores —lo regaño—. Eres completamente irreverente. ¿Y cómo sabes que es ese pez, doctor Acuático?

—Es lo que tiene hacer esnórquel por todo el mundo y nadar con tiburones. La adrenalina, Rachel —me dice con una sonrisa despreocupada.

Se me acelera el corazón y se me seca la boca. Lo echo muchísimo de menos. Echo de menos que su cuerpo se comunique con el mío. Que me demuestre que me quiere con las manos y la boca.

El bañador se le pega a las caderas y a los muslos mientras se aproxima; se lo ve fornido, pero ligero, ágil y con un pecho ancho y musculoso. Es un hombre que ha moldeado su cuerpo a base de satisfacer su sed de adrenalina.

Se estira a mi lado, apoyándose en los codos, y contempla el cielo. Yo también lo miro, pero solo un momento. Me parece más interesante mirarlo a él. De hecho, siempre me sorprende intentando leerle el pensamiento. Observo su semblante confiado y advierto que está sonriendo.

Ladea la cabeza con pereza y fija la vista en mí con una ceja ligeramente arqueada. Acto seguido, me aparta los mechones húmedos de la cara. Solo es una caricia. Una caricia muy sutil con dos dedos. Firme, cálida, familiar y algo húmeda. Siento un escalofrío largo y placentero.

Él se limita a sonreír mientras yo me aferro desesperadamente a mi lado responsable y prudente que sabe que solo tendremos una y nada más que una noche de bodas.

—No me seduzcas.

Me subo la toalla para que no vea lo duros que se me han puesto los pezones.

—¿Yo? —Levanta las manos con picardía. Hay un destello travieso en sus ojos—. Pero si aún no he hecho nada. Nada de lo que me muero de ganas de hacer.

Me ruborizo.

—Te brillan los ojos, Saint. Quiero una noche de bodas perfecta.

—Y la tendrás.

—Entonces, ¿por qué te acercas?

Alza la mano.

—Estoy fingiendo que no sé qué se siente al hacer esto.

Me pasa los dedos por debajo del pelo y juega con él de forma natural y despreocupada.

Cierro los ojos y noto que me relajo de arriba abajo. Intento no gemir.

—Muy bien, sigue así.

—No puedo. Tengo que controlarme para no recordar qué se siente al mordisquearte las orejas. Justo aquí. En esta parte que me vuelve loco.

No puedo evitar ponerme a temblar a causa de la expectación y la emoción.

—Te gusta reírte, ¿no? —pregunto en tono burlón.

—Me gusta reírme con mi chica.

—¿Conmigo o de mí y de mi deseo de una noche de bodas perfecta?

La tiene dura, yo estoy húmeda y ambos jadeamos.

—Lo que la hace perfecta somos tú y yo. Podría acostarme contigo diez veces esta noche y desearte de la misma manera mañana.

—No es lo que me han aconsejado todas las mujeres de mi vida.

—Como el único hombre de tu vida, discrepo rotundamente —dice, pero está de buen humor, por lo que lo deja pasar.

—No me digas.

Cuando se ríe, parece un niño. Se le corta la risa. En sus ojos arde algo más allá de la lujuria, algo parecido a la necesidad. Nos miramos de hito en hito. Cada vez que lo hacemos, me entran ganas de saborearlo.

Me está mirando con pasión.

Como si no solo quisiese saborearme.

Levanta la mano y me desata el nudo de la nuca.

—Echo de menos contemplarte.

Se me cae la parte de arriba del bikini.

La agarro a tiempo.

—No —me ordena con brusquedad.

Me da un repaso lento de arriba abajo, como si me pasase una pluma por todo el cuerpo.

Me acaricia la nuca con un dedo; me toca con la misma naturalidad con la que respira.

—Te estás ruborizando. —Me roza la mejilla con un dedo. Al instante, desaparece. Me mira a los ojos y, a continuación, me dirige una mirada intensa y enigmática—. Cuando me dejes volver a hacerte mía, te pondrás más roja aún.

—Pues disfrútalo mientras dure. Lo de ponerme roja, digo. Porque cuando sea vieja no me pasará.

—Ojalá que sí.

—No. Quiero ser una señora que sepa guardar la compostura.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que mi viejecita pierda el control tan a menudo como me sea posible.

Dios, tengo la imperiosa necesidad de borrarle esa sonrisa hedonista con un beso.

Incapaz de resistirme, le doy un beso rápido y él me responde con un cachete en el culo mientras se levanta.

—Haz que pierda el control después de la boda —le pido de camino al dormitorio.

—Pienso hacer mucho más que eso.

Mientras recogemos las toallas, Saint me mira y me dice:

—Te he enviado una cosa al cuarto.

Abro los ojos como platos.

—¿Qué?

—¿Por qué te da tanto apuro que te compre algo?

—Es que no estoy acostumbrada.

Frunce el ceño.

—Pues tendré que encontrar la manera de que te acostumbres.

—Tú no. ¡Yo!

—Pienso mimarla, señorita Saint... Y a menudo, además.

—Y yo te lo permitiré.

Me mira con ojos enfebrecidos.

—Bien.

—Y yo te mimaré a ti.

—Que te diviertas.

—¿Con qué? ¿Mimándote?

—También.

—¡Ah, con mi regalo! ¿Qué es? ¿Un vibrador?

Frunce el ceño.

—¿Por qué iba a querer que algo que no fuese yo estuviese dentro de ti? —Me da un golpecito con la punta del dedo en la sien, divertido—. La castidad no te sienta bien, Livingston.

15. Visita antes de la boda

En mi habitación hay cuatro vestidos.

Un Vera Wang, un Reem Acra, un Yumi Katsura y un Monique Lhuillier; dos de ellos vienen incluso con una nota escrita a mano por las propias diseñadoras.

Van desde la sencillez hasta el estilo de la Regencia, pasando por uno que parece estar cubierto de polvo de diamante. Son los vestidos más bonitos que he visto en mi vida; lo mejor para su chica. Me enterece el mero hecho de pensar que ha hecho todo lo que estaba en su mano para que estuviesen a punto para nuestro día.

Toco la tela y paso la siguiente hora probándomelos.

Son espectaculares, cada uno tan bonito como el anterior. ¡Ni siquiera sabría cuál elegir!

Pero no.

Creo que he dejado a un lado mis miedos. Me voy a casar con el anillo de pedida de su madre y el vestido de la mía.

Mientras me quito el último vestido, Gina, Wynn y mi madre exclaman con admiración en mi sala de estar.

—¡No veas, te tiene en palmitas! —exclama Gina entre risas.

Mientras, Wynn y mi madre hablan entusiasmadas.

Recuerdo que mi madre leía sobre el lenguaje del amor. Tras la muerte de mi padre, quiso asegurarse de que su niña se sentía querida, así que leyó libros, asistió a charlas y me contó que la gente expresa su amor de diferentes maneras. Decía que había cinco formas de hacerlo, a saber: el contacto físico, los regalos, complacer a tus seres queridos, aprovechar el tiempo con ellos y dedicarles palabras bonitas. No todo el mundo emplea o responde con el mismo lenguaje, lo que puede causar malentendidos en las parejas.

El contacto físico era mi lenguaje. A mi madre le dijeron que fuese cariñosa, y lo fue. Respondía bien a sus abrazos. Respondo bien al contacto físico. Punto.

Ni siquiera en la víspera de mi boda puedo expresar lo a gusto y lo bien que me siento cuando Saint me pone una mano detrás de la cabeza y la otra en la espalda y me besa. Creo que Pecado también expresa su amor mediante el contacto físico. Y haciendo regalos. ¡A este hombre no hay quien lo pare cuando se trata de colmarme de cosas chulas!

Mientras las chicas y mi madre me ayudan y vuelven a guardar los vestidos en sus fundas, me dirijo al dormitorio de al lado a cambiarme.

Me pongo la camisa blanca de Saint, aunque me vaya grande, unas mallas y calcetines. Abro las puertas de cristal y salgo a que me dé el aire fresco de la noche y a sentir la brisa. A pesar del rumor de las olas, oigo a los chicos hablar en el patio privado. Me hormiguea la piel de placer cuando oigo la voz grave de Saint.

—... tómatelo como un toque de atención por lo que pasó el otro día en mi casa... —dice Malcolm en voz baja, sereno, pero con la autoridad que lo caracteriza—. Las amigas de Rachel están prohibidas.

—Me lo imaginaba —masculla Tahoe, descontento.

—¿Queda claro?

—Como el agua. Pero eso no impide que le aconseje a Gina sobre su vestuario. Está bien vivir un poco, mujer, pero no todo el día. Tápate un poquito, anda.

—Esa chica tiene la delicadeza de una lija. ¿Qué le ves? —pregunta Callan.

Tahoe se detiene a pensarlo.

—Pero si mola mucho. Ladra, pero no muerde. —Y añade, cada vez más enfadado—: No muerde. Ni un poquito. Ni un mordisco ni un bocado... No comería del pastel de Tahoe Roth ni aunque le pusiese la yugular delante de las narices.

—Aléjate, T.

Esto lo ha dicho Saint. Sin rodeos y algo exasperado.

—No puedo. El Gran Roth no funciona como debería. Ahora solo le gusta ella —masculla Tahoe.

—No se puede controlar, Saint —se mofa Callan—. Después de mil tríos, orgías y diversión, ella es lo que le falta a su vida de rico. Una pizca de oscuridad.

El ambiente está tenso. Entonces, Tahoe habla en un tono gélido.

—Es la última noche que te metes con ella y conservas los dientes. ¿Te enteras? Es mi amiga —gruñe, y repite, no muy contento—: Mi amiga.

Se hace un largo silencio. Alguien ha ido al frigorífico a por cubitos.

—Cuando viste a Rachel por primera vez, ¿qué sentiste? —pregunta Tahoe en voz baja.

—Me sentí una persona nueva. Sentí que era la primera vez que veía a una mujer.

Ay, madre mía.

Noto mariposas por todas partes.

—Yo me siento abandonado. Pobre. Voy a tener que revisar mis cuentas para estar seguro de que sigo siendo yo.

—Lo que te pasa es que estás molesto porque no te ha tirado las bragas a la cabeza —comenta Callan.

—Me cabrea que te cagas.

—Te cabrea que prefiera tirarse a cualquier otro —le restriega Callan.

—Es una tontería, pero sí.

—Prefiere ser tu amiga que meterse en tu cama.

—Eso es lo que más me jode —admite Tahoe.

Noto un apretoncillo en medio del abdomen cuando llega a mis oídos la voz queda de Saint. Percibo en su tono una advertencia amistosa.

—Entonces, tú la buscas a ella, pero ella no te busca a ti. Agradecería que te mantuvieras al

margen.

—No haré nada que tú no harías.

Se oye una risa suave.

—Ahí le has dado.

Vuelvo al salón y reparo en que las chicas tienen los ojos muy abiertos, sobre todo Gina. ¿Los habrá oído ella también al estar las puertas de cristal abiertas? Una sonrisa divertida asoma a mis labios. Cojo el móvil y le envío un mensaje a Malcolm:

Os hemos oído.

Quería que lo supieras.

Parece que Gina se haya tragado un trozo de alambre.

Me contesta enseguida:

Lo siento.

Se ha bebido un pinot entero.

¿Te vas a dormir ya?

Yo: Estoy demasiado emocionada.

Saint: ¿Me echas de menos?

Yo: Un poco.

Saint: Envíame otro mensaje cuando me eches un poco más de menos.

Yo: ¡No me esperes levantado! Disfruta de la juerga con los chicos. Que te conozco y sé que eres muy DURO de mollera...

Saint: Qué bien me conoces.

Le sonrío al teléfono. Me duele todo. Le pongo:

Te echo mucho de menos. A cada segundo que pasa me parece más imposible tener una noche de bodas perfecta, pero estoy decidida.

Saint: Será perfecta.

Yo: ¡Así que no me tientes, PECADO!

Saint: Es nuestra última noche aquí y quiero pasarla abrazando a mi novia.

Que le den a él y al Efecto Saint. Mis mariposas están batiendo las alas. Estoy tan desvelada ahora mismo que no aguanto las ganas de enviarle otro mensaje: Yo también quiero abrazar a mi novio. Dile que venga antes de irse a dormir. Ha sido el mejor novio que he tenido nunca. Se merece un último beso.

Y me dice: Ya le parece saborearte.

Los chicos siguen hablando en voz baja. Vuelvo a la sala de estar y me tiro en el sofá. Conecto el móvil al estéreo y pongo música suave para que las chicas dejen de oírlos.

Sin embargo, Gina está muy pensativa.

Está tumbada, y la camiseta extralarga que lleva marca sus voluptuosas curvas. Es como Marilyn Monroe, pero en morena. Está muy callada. Se ve la melena de Wynn detrás de ella, al otro lado del sofá. Mis amigas son guapas, jóvenes y alegres. Pero no encajan con los amigos de Saint.

Callan y Tahoe son lo bastante atractivos y desaprensivos como para irse con cualquier tía sin pensárselo dos veces.

—Cuatro vestidos... Qué barbaridad —comenta Wynn cuando vuelve a mirar los cuatro vestidos de diseño colgados en sus fundas. Y me pregunta—: ¿Qué lenguaje empleas tú, Rachel?

Devuelvo la atención al grupo. No tardo nada en entender a qué se refiere.

—Obviamente, las palabras. —¡Me lo pido!—. Y también el contacto físico.

—Yo soy muy empalagosa también. De hecho, si Emmett y yo llevamos una hora juntos y no me ha cogido de la mano, me convencería de que ya no me quiere.

Gina menea la cabeza y se sienta con las piernas cruzadas.

—No me fío de las palabras y el contacto físico me incomoda, pero me quedo con los regalos.

Niego con la cabeza.

—Tú no expresas amor así, Gina. A ti te gusta complacer a los demás, estar pendiente de ellos, llenarles la nevera...

—Como un tío haga eso por ti y te hable en tu lenguaje del amooooor —advierte Wynn—, estás perdida. Más perdida que un pulpo en un garaje.

—No me preocupa. La mayoría de los tíos son egoístas. Quieren que los atiendan, no al revés.

—Son como nosotras, Gina —replica Wynn—. Solo que tienen con un montón de testosterona *sexy*, la cual, con tanta castidad, se habrá disparado para cuando Rachel esté de luna de miel. Entiendo a Saint. Se ha mosqueado con Tahoe porque está frustrado sexualmente. Te desea, Rachel.

Yo también lo deseo, voy a mil kilómetros por hora en la autopista hacia el cielo.

—Lo que tienes que entender es que nuestra niña tiene las hormonas revolucionadas.

Abrazo mi almohada y sonrío ampliamente. Me aferro al cojín, me lo llevo al pecho y al estómago, que me da vueltas, y me lo coloco entre las piernas para aliviar mi dolor.

—No me voy a disculpar por desear a mi prometido. Todas lo hacen, y yo lo haré el resto de mi vida, y estoy muy contenta de que así sea.

El calor de nuestros cuerpos. La atracción entre nosotros es tan fuerte que hasta nos comunicamos sin hablar.

Me muero de ganas de cobijarme en sus brazos.

Me relajo y siento nostalgia cuando estoy cerca de él. Me reconforta tenerlo cerca, tan varonil

y fuerte. Me duele hasta la última fibra de mi ser. Mi mente vuela hasta la noche de bodas. El aceite de almendras con el que me untaré la piel y que tan bien huele y tan brillante es. El *sexy* conjunto de sujetador y braguitas de La Perla que me pondré, con su encaje, sus transparencias...

Entonces reparo en que Gina está abstraída y muy callada, algo raro en ella.

—¿Qué ha pasado con Tahoe, Gina? —pregunto con delicadeza.

—Nada. Somos amigos. Y... hablamos. Mucho.

—¿De qué?

—De cosas.

—¿De Paul?

—Le he hablado de Paul.

Abro los ojos de incredulidad.

—¡Muy bien! ¡Es un gran paso para ti abrirte así a un chico!

—Es un amigo. Y la verdad es que sabe escuchar. Pero no quiero hablar de eso ahora. —Me ahueca el velo un poco más—. ¿Cómo elegiste el vestido? ¿Y el velo?

—Seguro que es tan difícil como elegir al novio —dice Wynn.

—En realidad, no. Ambos me eligieron a mí. Me daban miedo... Bueno, un poco. Pero estoy segura de que Saint es el hombre perfecto para mí. —Señalo el vestido de mi madre y ella abre los ojos como platos al instante—. Y de que ese es el vestido perfecto para mí.

—¿En serio? —pregunta mi madre.

—Sí. Estoy segura.

—Mamá, qué vestido más *sexy* —comenta Wynn con efusividad—. Ojalá mi madre tuviese ese escote. A tu santo se le van a ocurrir toda clase de diabluras en la iglesia. Otra ventaja de... ¡la abstinencia!

—¡Abstinencia! —corean todas.

—Para vosotras es fácil decirlo, pero la venganza será dulce. Ya os abrocharé yo los cinturones de castidad días antes de que os caséis.

—El cinturón de castidad de Gina es su boca. Le basta con abrirla para que los tíos salgan huyendo. Excepto Tahoe.

Gina la fulmina con la mirada.

—Es mi amigo, así que cuidadito con lo que decís.

—Bueno, Gina, a lo mejor un día... —dice mi madre, siempre tan optimista.

—Es bonito imaginar qué puede ocurrir. Dar el paso ya cuesta más. Lo imagino, lo veo, y me gusta lo que veo. Lo que pasa es que no quiero descorder la cortina con mi nombre y descubrir que he elegido la carta que no era. Prefiero... imaginar que me aguarda algo maravilloso.

—A lo mejor hay alguna posibilidad —insiste mi madre.

—Puede. Pero ahora mismo me basta con pensar que quizá haya alguna posibilidad. No estoy preparada para descubrir que no la hay.



Estamos lo bastante cansadas como para no hablar, pero a su vez estamos demasiado nerviosas

como para dormir. Las chicas proponen ver una película de bodas.

—¿*La boda de mi mejor amigo*? —pregunto mientras voy mirando lo que ofrece la tele de pago del hotel.

—Pero si la has visto un millón de veces. Pon la de Steve Martin. Esa sí que es divertida. Ya verás, te vas a partir —responde Wynn.

—No sé. ¿Mamá? ¿*El padre de la novia*...? —le pregunto a mi madre, indecisa.

Siempre he evitado esa película porque... Pues porque no tengo a mi padre.

Mi madre vacila un poco y por un momento parece preocupada, hasta que mira a mis amigas y después a mí y se da cuenta de que quiero que me diga que soy lo bastante fuerte para verla. He crecido, soy feliz y estoy bien.

—Es muy bonita —comenta al fin mi madre antes de irse a la cama.

Ya más tranquila, le doy a «comprar», cierro las ventanas y me acomodo en la cama para verla con mis amigas.

Empieza bien. Pedida de mano. Padre gracioso pero celoso. Las partes en las que se le va un poco la olla y se pone en plan protector hace que se me escapen algunas lágrimas. Pronto no puedo contenerme más. Y empiezo a llorar a mares.

—¡Ostras, no! —dice Wynn, que para la peli—. Gina, busca *La boda de mi mejor amigo*.

Antes de que me abrace y me emocione de verdad, me escondo en el baño y me tiro un buen rato lavándome la cara.

Wynn llama a la puerta.

—¿Estás bien? Saint está en la puerta.

Me miro la cara. Gracias a Dios no se me han hinchado los ojos. Gracias, tres minutos de agua fría. Me hago un moño y me sube la adrenalina: ¡quiere su beso! Corro a enjuagarme la boca.

Todas las reacciones físicas que experimento al verlo están listas para tomar el control cuando abro la puerta, coloco el tope para no quedarme fuera y salgo.

Su energía fuerte, deliciosa y única me envuelve como un manto.

—No tiene pinta de que los chicos vayan a aflojar el ritmo —me comenta en voz baja mientras yo lo miro como una yonqui.

Lleva unos pantalones de estar por casa y una camiseta de algodón con cuello en forma de V. La tela se ciñe a su cuerpo de macho y le marca los músculos. Me mira con los ojos entornados y llenos de deseo. Como si echase de menos verme.

—Las chicas igual.

Me seco la mejilla de nuevo para asegurarme de que no quedan lágrimas.

Él sonrío con ironía y se reclina contra la pared. Me observa con curiosidad, como si viese lágrimas en mis mejillas.

—Se me ha ocurrido que debería reclamar mi beso antes de que se convierta en un beso de buenos días —me dice con dulzura.

—Ya es un nuevo día —le digo con una sonrisa de oreja a oreja—. Pero mañana te daré un beso de día vestida de novia.

Me coge de la barbilla.

—¿Y... cuál te vas a poner?

Me da un vuelco el corazón. Qué guapo es y qué rasgos tan marcados tiene. Me sonrío con

cariño. Me muero de ganas de que me vea vestida de blanco caminando hacia él, lista para convertirme en su esposa, ansiosa por ello.

—¿Quieres imaginarme? —tanteo. Sonríe feliz cuando sus ojos me dicen que sí. Esbozo una amplia sonrisa debido a la felicidad que me invade—. El que me pondré no lo has visto nunca.

Me ladea la cabeza con los dedos y me toma de la mandíbula como si quisiese besarme, pero se limita a seguir sonriendo.

—Estoy impaciente por convertirme en mi esposa. Tus sonrisas me vuelven loco.

—Te he echado de menos.

Sonríe todavía más, con ternura.

—¿Estás nerviosa?

Asiento con la cabeza.

—Pero... emocionada.

Su sonrisa suaviza su rostro cincelado mientras me acaricia los labios de una comisura a la otra con el pulgar.

—Me he sobrevalorado al pensar que podría esperar más para casarme contigo.

Asiento y no digo nada. El peso de su mirada recae sobre mí, lo que hace que me estalle el corazón de golpe.

—Estábamos viendo *El padre de la novia* y me he puesto a llorar como si no hubiese un mañana.

Entierro la cara en su camisa y empiezo a llorar de nuevo.

—Ven.

Me acerca la cara contra su pecho y yo cierro el puño y le hablo a la tela, que huele a limpio y a él.

—No sé por qué lloro, si es una peli divertida. Me estaba riendo.

Coge el móvil y le envía un mensaje a alguien.

—Ven.

Me pasa un brazo por la cintura y yo me esfuerzo por dejar de llorar mientras me conduce a los ascensores.

—¿Adónde...?

—Nos van a dar una habitación.

Bajamos al vestíbulo. Otis nos espera junto a los ascensores. Saint sale y aguanta las puertas mientras Otis le entrega una llave. Saint vuelve dentro, pulsa el botón del décimo piso y me abraza mientras subimos.

Llegamos a la *suite* júnior y salimos a la terraza. Hay unas cuantas tumbonas y una mesa con cuatro sillas. Se ve el mar desde aquí.

Se sienta en una tumbona y me arrastra con él. Estira las piernas y yo me coloco encima y me acurruco al tiempo que me seca las lágrimas.

—Echo de menos a mi padre. Porque es algo que hacen los padres. Proteger a su familia. No todos, pero los hay que sí.

Me mira a la cara y se toca los labios con aire pensativo.

—Me acuerdo de esa peli. Yo me aseguraría de que nuestra hija eligiese bien antes de entregársela a cualquier capullo.

—¡Pecado! —Me hace gracia que ya esté molesto y celoso—. Cuando vuelva a mi cuarto, pensaré que el padre eres tú. Así, la peli será perfecta y me lo pasará bien.

Él se ríe.

Me abraza un poco más fuerte, lo bastante como para que me cueste respirar. Y, de ese modo, la plenitud del presente reemplaza el vacío del pasado. Tumbada encima de él, disfruto de la delicadeza con la que me acaricia la mejilla.

—¿Lo perdonarás algún día? A tu padre, digo.

Se ríe suavemente, pero enseguida se detiene.

—No. —Frunce el ceño y niega con la cabeza. Tiene la mirada algo torva—. No se me da bien perdonar.

—A mí me perdonaste.

—Entendí por qué lo hiciste. Hacías tu trabajo. Yo también anteponía mi trabajo a cualquier otra cosa. Yo también era así. Entendí que... esto —dice y frunce el ceño y nos señala moviendo el dedo— te pillase desprevenida. Me sorprendió que me jodiese tanto lo que dijeron los medios después de que se filtrase el artículo de Victoria.

Me alegro de que podamos hablar del tema. Me alegro de que nos estemos quitando ese peso de encima.

—No volveré a formar parte de otro equipo que no sea el tuyo, lo sabes, ¿no? A no ser que discutamos, claro, porque lo más seguro es que yo tenga razón y tú seas demasiado terco para reconocerlo. Quizá trate de convencerte de que el novio de nuestra niña es buen chico.

—Se va a cagar como no lo sea.

Sonrío ampliamente y vuelvo a apoyar la cabeza en su pecho. Pienso en nosotros. En que empezamos sin hacer ruido, como la mayoría de las tormentas. Aunque, en realidad, empezamos en un día soleado. Pero las nubes de nuestro cielo se fueron convirtiendo en nubarrones. Cuando volvió a salir el sol, lo que dejábamos atrás había cambiado. Tras la lluvia, todo es mejor; al menos, eso parece.

Me recoloca para que estemos de cara a las olas y al horizonte. Señala el cielo.

—Donde vamos de luna de miel se ve todo el cielo.

Con una sonrisa dibujada en el rostro, miro por encima del hombro para verle la cara.

—Dondequiera que sea eso.

Se ríe entre dientes y el sonido me retumba en la espalda; todo me da vueltas.

—Cierto.

—¿Lo has dispuesto todo en la oficina?

—Tenemos cuatro días libres. Sin móviles. Después de eso no te puedo prometer nada — responde. Su aliento me hace cosquillas detrás de la oreja.

—Cuatro días son muchos. ¿De qué hablaremos?

Frunzo el ceño y miro el agua con aire pensativo.

—De ti. De mí. Nosotros. Nuestro piso. Esta oreja —dice, y me tira de ella.

Me río y me vuelvo hacia él otra vez.

Intercambiamos una sonrisa y nos quedamos ahí una hora más, hablando y mirando el cielo, aunque no vemos del todo las estrellas por culpa de las luces.

Vamos de la mano a la puerta de mi *suite*. Me siento como una adolescente que espera que la

besen. Que sabe que no puede entrar sin que la besen. Me mira los labios y luego observa mi rostro con atención. Inmerso en sus pensamientos.

—Tu beso —digo, porque sé que lo quiere.

Me pongo de puntillas y apoyo las manos en su pecho para no caerme.

Me besa en la comisura de los labios y me agarra de la cintura. Gime suavemente y cierra los ojos un segundo. Un solo segundo. Y los abre con decisión.

—Si me besas, acabarás conmigo. —Le brillan los ojos—. He intentado que tu noche de bodas sea perfecta, pero se me ha acabado la paciencia.

Sonríe con pesar.

—Gracias por ser tan comprensivo y paciente.

Me pellizca la oreja.

—Haré que me lo pagues mañana.

Un escalofrío de puro deseo me recorre el cuerpo.

—Y con intereses.

—La tasa más alta del mercado.

—Te quiero —le digo antes de que se vaya.

—Y yo a ti. —Me revuelve el pelo—. Ve a disfrutar de tu vida de soltera.

Me da un cachete en el culo.

—Como si se pudiese comparar con lo que me espera... —bromeo.

Saint sonrío y me observa entrar con los ojos brillantes y una sonrisa genuina, como si ya fuese perfecta para él.

16. El gran día

A la mañana siguiente hay ajeteo con el tema del maquillaje, el pelo, la manicura y la pedicura. Estoy en ropa interior, lista para ponerme el vestido, la tiara de encaje y el velo cuando llega Gina.

—Os juro que la mitad del personal está en el vestíbulo al borde del desmayo —comenta.

Siento una punzada de celos al pensar que otros han visto a mi prometido antes que yo.

—¿Quiénes?

—Las recepcionistas, las floristas, las camareras... Todos los que tenían vagina. Todas las mujeres estaban sentadas abanicándose. ¡Lo juro!

Se ríe y me mira superseria, como diciéndome: «¡No es broma!».

—¿Y las alianzas? —le pregunto.

—A mí no me mires. De eso se encarga Tahoe, no yo.

—Pues ya las puede estar trayendo junto con su resaca postcena de ensayo.

Gina coge el móvil.

—T-Rex, no te olvides de los anillos o nuestra novia se pondrá hecha un basilisco.

—¿«Nuestra»? —pregunta Wynn, que sigue al lado del carrito del desayuno que ha traído el servicio de habitaciones.

—¿Eh?

—Has dicho «nuestra» —dice Wynn.

—Ah, no me he dado cuenta.

Gina se acerca para darme mimos.

Wynn observa detenidamente los otros vestidos mientras come una tostada.

—¿Vas a devolverlos todos? —pregunta—. Es que... son de diseñadoras importantes. ¡Y venían con nota!

—No creo que los devuelva —respondo mientras mi madre me abre el vestido para que meta los pies.

—Si celebro una boda de emergencia... —comenta Wynn, cada vez más bajito.

—¿No te ha bajado aún? —pregunto, preocupada.

Tiene un retraso de una semana.

Nos lo contó anoche cuando volví al cuarto y me la encontré llorando.

—No, pero es por el estrés y la emoción de la boda. Además, cuando viajo siempre se me retrasa.

Convencida de que ya ha solucionado el problema, coge un panecillo de la panera y le da un mordisco.

—Es verdad —dice Gina—. ¿Y acaso Emmett quiere tener hijos?

Wynn no tiene respuesta para eso.

Gina le dirige una mirada significativa.

—Pues pregúntale.

—¿Sí? ¿Eso creemos? —le chincha Wynn.

—Es lo que creo yo.

Mi madre me ha abrochado los botones que hay a los lados de mi vestido de espalda baja. La imagen que me devuelve el espejo que cuelga detrás de la puerta del baño me deja sin habla un momento. Me fijo en lo pálida que soy y en el rubor de mis mejillas. El vestido es entallado, tiene una espalda baja, algo de escote y una falda de sirena que me realza la cintura, las caderas y hasta los pechos, pese a ser pequeños. El pelo me cae como una cortina y brilla tanto como el cristal. Mi madre me coloca la tiara en la coronilla y el velo, que me tapa la cara y me llega hasta el culo.

Toma las orquídeas moradas que voy a llevar y me mira con los ojos anegados en lágrimas.

Wynn y Gina dejan de discutir y cogen aire cuando me giro.

—¿Eso significa que os gusta? —les pregunto.

Es el único vestido que no me habían visto puesto.

Y nada más verlo, también a ellas se les humedecen los ojos.

—No llores —les ruego. De pronto, siento que me pesa el corazón.

Estoy demasiado emocionada para llorar. Estoy contentísima de casarme con mi Saint. Estoy decidida a que no se me hinchen los ojos.

—No llores —coincide Gina en voz baja mientras le quita el panecillo a Wynn y lo deja en el plato—, que tenemos que llevarla a su boda. Su donjuán dejará de serlo ahora que ha encontrado a su Inés.



Abajo, en el vestíbulo, el personal del hotel me recibe en fila.

—¡Enhorabuena! Está usted preciosa. Por cierto, su amiga ha estado aquí hace un momento. Estaba preocupada por si llegaba tarde a la ceremonia, pero le hemos dicho que llegaba justo a tiempo.

—¿Mi amiga? —inquiero, sorprendida.

Echo un vistazo detrás; Gina y Wynn están con mi madre. ¿Se refieren a Sandy? Estoy a punto de preguntar cuando veo una silueta familiar agacharse mientras se tapa la cara con el brazo. Vislumbro un moño y un traje de ejecutiva, en plan *paparazzi* profesional. Durante un segundo, me pongo rígida. No me lo esperaba. Está guapa como ella sola. Sin embargo, no tardo en pasar de la conmoción a estar indignada y a la defensiva. Aprieto los labios con ira, me agarro el vestido y voy hacia ella.

—Victoria.

Se detiene, se da la vuelta y me mira como si le sorprendiese verme.

—Hola.

—¿Qué haces aquí?

—Es que había rumores. Vengo en representación de la ciudadanía.

—¡Parece un sabueso, todo el día husmeando! —exclama Gina.

—Qué morro tienes, tía —dice Wynn, que resopla—. Voy a llamar a Saint.

—No —digo mientras alargo la mano para detenerla.

Me llevo a Victoria aparte.

—No voy a hacer nada malo. Lamento mucho lo que pasó —dice.

—No —replico—. Lo que lamentas es que mi novio te pusiese de patitas en la calle por tu artículo.

—¡No! —Abre los ojos como platos—. Me gusta mi trabajo. Soy como el Perez Hilton de Twitter. Me gusta tener libertad. Y todo gracias a vosotros. —Levanta el móvil—. ¿Una foto?

—Estarás de broma, ¿no? —contesto, ofendida.

—La prensa no puede entrar y comprueban si llevas cámara, pero yo no soy de la prensa... Al menos, no oficialmente, y sí que he podido entrar con el móvil. Sé tu apellido de soltera y te he descrito. Bueno, también somos amigas.

—Éramos amigas —susurro. Trato de calmarme—. Vete, por favor.

Nos miramos fijamente.

Yo quería ser como ella.

Pero ya no.

Ella, por su camino y yo, por el mío.

Pero tampoco quiero odiarla.

No creo que Victoria me odie. De hecho, se le ve en la mirada que lamenta lo que hizo. Agacha la cabeza, avergonzada, y se retuerce las manos mientras aprieta el móvil contra el pecho.

—Por si sirve de algo, lo siento. —Parece arrepentida—. Lo he visto pasar. —Hace un gesto a su alrededor—. Tienes mucha suerte. —Al ver que no contesto, añade, como para que me sienta mejor—: Él también.

—Aun así, vete.

Parece que se esté librando una batalla en su interior. Su lado profesional lucha contra su lado humano.

—Me voy porque os debo una. Pero os veré en el bautizo de vuestro primer hijo, o a lo mejor incluso antes.

Su inocencia me hace sonreír. Es la última vez que se me acerca.

—No creo —respondo.

Ella sonríe un poco y se va. Veo cómo se lleva todo mi pasado con ella, por completo.

Tengo un futuro que espero ansiosa.

Tengo una tormenta que atrapar.

Un salto que dar.

Un hombre al que amar.

Un pecado que cometer.

Nunca en mi vida he deseado nada como deseo a
MALCOLM
KYLE
PRESTON
LOGAN
SAINT.

17. La boda

Solo hay una capilla en toda la isla y no tiene ni un año. Cuando la primera se quemó, uno de los multimillonarios que vienen aquí de vacaciones financió la construcción de otra. El diseño es precioso. Las columnas son anchas y los arcos, altos; unos mosaicos antiguos sacados de anticuarios y subastas de todo el mundo adornan los ventanales. El altar es de mármol blanco y se compone de esculturas escondidas en puntos estratégicos y de frescos en el techo que recuerdan a los de Miguel Ángel.

Hoy, la capilla parece un jardín.

Lo sé porque vine a verla ayer y sé que unas orquídeas blancas caen en forma de cascada desde el altar. Sé que un reguero de pétalos de orquídea cubre la alfombra roja de la nave central. Sé que hay cientos de velas encendidas esperando detrás del antiguo portón y que una de las mejores orquestas de Chicago acompaña al coro. Todo traído aquí expresamente para la boda.

No puedo respirar con este vestido. NO PUEDO RESPIRAR sabiendo que me está esperando. Detrás de estas puertas. Al final del pasillo, que acaban de limpiar. En el luminoso altar de mármol blanco y bajo las orquídeas colgantes. Mi prometido.

Me estremezco. Me tiembla todo. Me duele todo.

Sandy y Valentine se han quedado fuera y ayudan a mi madre y a Gina a ahuecarme el velo para que esté perfecta.

Perfecta.

Señor, por favor, que esté perfecta.

Solo nos casaremos una vez. Solo me mirará una vez. Y anhelo que me desee tan ardientemente como yo a él.

Hay días en la vida que deben ser perfectos. Con ese halo etéreo y místico. Sin embargo, no me atrevía a imaginar este día. Primero, porque no deseaba un día así... No sabía que lo deseaba. Y segundo, porque lo deseaba muchísimo.

Y ya ha llegado el día, tanto para mí como para él.

El pelo me cae por la espalda, un velo sencillo me cubre el rostro y el vestido parece hecho a medida. El viento es agradable y perfecto. La catedral está bañada de blanco. Se abren las puertas. Oigo al coro.

Una ráfaga de aire me atraviesa: electrizante, excitante y tan viva como me siento yo.

Mis amigas me preceden. Parecen pájaros exóticos venidos del extranjero. Voy de blanco, mi

color favorito. No fue mi favorito hasta que lo conocí. Saint es oscuro, pero me hace sentir radiante. El aire que nos separa se condensa. Lo veo. Me ve.

Me mira a través del velo y el fuego de sus ojos me enciende. Su fuego me recorre las venas. Su fuego me quema el estómago.

Y, entonces, sonrío.

El corazón me hace PUM, PUM.

No tengo miedo.

Ni arrepentimientos.

Solo una oleada de felicidad tan pura que me duele el pecho. Los ojos se me llenan de lágrimas a causa de la emoción. A mi madre le tiembla el brazo con el que me lleva al altar y me doy cuenta de que está llorando; pero son lágrimas de alegría, a juego con su sonrisa.

Pese a tener los ojos llorosos, no aparto la vista de la figura alta y regia de mi prometido, todo de negro. Me observa atentamente. Tiene las manos juntas delante de él, la espalda recta y las piernas separadas mientras camino a su encuentro.

El futuro padre de mis pequeños Saint, aunque estoy preparada para que sean todos unos diablillos.

Siento que recorrer este pasillo es lo más acertado que he hecho en mi vida.

No quiero que me vea llorar otra vez.

Quiero enjugarme las lágrimas, pero me da miedo que se me enganche el velo. Más tarde le aseguraré que estoy llorando porque estoy feliz. Él me hace muy feliz. El pecho se me hincha a medida que nos acercamos. Lo veo más grande, más oscuro, más nítido y extremadamente perfecto.

Estoy aturdida por la emoción cuando mi madre me entrega a Saint.

Me toma de la mano con fuerza pero con cariño. No deja de sonreír ni un segundo.

Ya tengo calor.

Me mira a través del velo; yo no lo veo bien. Despacio, levanta la tela, y es como si un rayo de sol le iluminase los ojos. Entonces repara en mis lágrimas y su mirada se llena de una ternura infinita que me llega al alma. Me las seca poco a poco con los pulgares. Yo cojo una de sus manazas y le beso en la palma, en el mismo centro, para que sepa que él es el centro de mi mundo.

Su respuesta es perfecta.

Un beso casi imperceptible en la comisura de mi boca que me hace sonreír. Me acerca a su lado y subimos juntos los dos escalones que llevan al altar. Respiramos y nos movemos al unísono.

Malcolm Kyle Preston Logan Saint. Mi primer todo. El hombre que me abrió los ojos. El hombre que hizo que mi mundo girase más rápido, el viento fuese más frío y las uvas más dulces. Agudizó todos mis sentidos y me dio vida, así que cuando metí la pata, me afectó más que nunca.

Y aquí estamos ahora.

Me caso con un hombre guapísimo, ambicioso, inteligente, generoso y cariñoso que está a mi lado, que siempre lo ha estado, incluso cuando estaba enfadado conmigo.

No hay acto más cercano que este. No hay nada más íntimo ni más valioso que él pueda ofrecerme a mí y que yo pueda ofrecerle a él.

Le paso el ramo a Gina y Wynn me toquetea el velo con nerviosismo.

Da comienzo la ceremonia, onírica y musical. Me concentro en el coro, en las palabras del

cura y en el hombre que tengo al lado. Tahoe nos trae los anillos.

Malcolm me pone la alianza.

—Te entrego este anillo como símbolo de mi amor.

Su sonrisa es tierna a la par que masculina. Me observa atentamente mientras le coloco su anillo, más grueso, en la mano izquierda y entrelazamos los dedos.

Llegamos a la parte en que prometo «tomar a este hombre».

Se me seca la boca. Miro a Malcolm y trato de hablar lo más claro posible. Me observa con tanto cariño que noto un calorcillo en el estómago.

—Yo, Rachel, te tomo a ti, Malcolm, como mi legítimo esposo, mi amigo, mi compañero y mi amor de ahora en adelante. Ante Dios, nuestra familia y nuestros amigos, prometo solemnemente ser tu fiel compañera en la salud y en la enfermedad, en lo bueno y en lo malo, en la alegría y en la tristeza. Prometo amarte incondicionalmente, apoyarte en tus metas, honrarte y respetarte, y quererte mientras vivamos.

Me estoy quedando sin aire. Sonrío un poco. Los ojos le brillan con intensidad y deseo mientras me escucha.

Cuando el cura empieza a decir lo de «Puedes besar a...», Saint me besa. Me pasa un brazo por la cintura y me da un apretón cariñoso. Me levanta para besarme más rato y con más vehemencia.

Suena el «Himno de la alegría» mientras salimos de la iglesia como marido y mujer.

18. Pecado y pecadora

Buzzfeed.com

#SANTO CONTRA PECADOR

La famosa y polémica novia de Malcolm Saint está causando bastante revuelo justo cuando llega a nuestros oídos un fragmento del acuerdo prematrimonial que ha firmado con su flamante marido, quien se apresuró a dar el sí, quiero en una isla recóndita el pasado sábado. Por lo visto, el acuerdo prematrimonial impone una estricta cláusula de lealtad por si nuestro mujeriego favorito es infiel, aunque él apuesta su dinero a que no lo será. La cláusula es igual de exigente con la señora Saint. Se desconocen las sumas y las sanciones exactas, ya que, como todo el mundo sabe, Saint es muy celoso de su intimidad con su esposa, lo que hace que estemos más decididos a indagar en ella...

Actualizaciones de @VictoryVictoria en Twitter:

Voy a respetar el deseo de la pareja y no voy a subir fotos de la boda de Saint, ¡¡¡lo siento, gente!!!

¡Lo que sí que os puedo decir es que ha tenido lugar esta mañana!

La novia llevaba un vestido clásico con un escote de infarto.

El novio hizo suspirar a los ángeles.

Solo diré... ¡felicidades, pareja!

¿A quién acosaré yo mientras los tortolitos están de luna de miel por todo el mundo?

@VictoryVictoria Imagínate a @malcolmsaint de luna de miel, BUFFFFF, MADRE MÍA.

@VictoryVictoria Con Saint, eso será más bien una luna de morbo, no de miel.

A ver cuánto dura.

19. Dondequiera que sea

Nos pasamos el día sobrevolando el Pacífico, rumbo a una islita cerca de Bali que Saint ha alquilado solo para nosotros. Al principio, cuando nos subimos al Gulfstream, la adrenalina me corre por las venas. Recuerdo a mis amigas, despidiéndose entre lágrimas, a los amigos de Saint palmeándole la espalda y el abrazo de mi madre.

No dejo de revivir lo que pasó en la boda.

Celebramos la fiesta en los jardines botánicos. Estaban decorados con luces que colgaban de los árboles, más orquídeas blancas, mantelería blanca almidonada, sillas Tiffany y cubertería Christofle. El menú de la cena estaba compuesto por cinco platos y era digno de uno de los mejores restaurantes, que, por cierto, fue quien nos sirvió. Luego Malcolm me sacó a bailar. Los invitados pululaban a nuestro alrededor mientras reíamos, bebíamos, nos besábamos y permanecíamos juntitos.

Me abrazó por la espalda mientras charlábamos con los invitados.

—Veinticuatro horas —me susurró al oído.

—¿Cómo?

Me apartó un mechón de pelo y se acercó más a mí.

—La fiesta más el viaje adondequiera que sea. Me quedan veinticuatro horas para hacerte mía.

Ahora estoy entre sus brazos, en el avión, en la enorme cama de la habitación del fondo. La luz del sol entra a raudales por las ventanas mientras Saint me besa.

Me mete las manos por debajo del top de encaje. Me quema allí donde me toca. Allí donde me besa. En los labios, en las comisuras, en la mandíbula, en las orejas, en el cuello...

—¿Puede hacerse de noche ya? —susurro.

—Rachel... —dice con un murmullo ronco mientras se aparta despacio para mirarme. Está tan sediento como yo. Tan frustrado que noto que me necesita tanto como yo a él. Me besa en la comisura de los labios—. La primera vez que lo haga con mi esposa no será en un avión. Eso otro día.

Me dirige una sonrisa que me derrite. Pero soy consciente de que sabe que nada más cruzar las puertas de nuestro Dondequiera que sea, seré toda suya.

—Ven aquí.

Malcolm me abraza por detrás y entierra la cara en mi nuca mientras me pasa el brazo por la

cadera. Me embargan una paz y una satisfacción infinitas cuando veo que nuestros cuerpos encajan de maravilla; el suyo, más grande, cubre el mío con la perfección de un cuarto limpio. Un trabajo terminado. Un orgasmo. Dios, un orgasmo cataclísmico, como los que me hace sentir este hombre. Mi... marido.

Lleva la alianza que le puse en su dedo largo, fuerte y bronceado; despidе destellos platinos desde mi cadera.

Me adormezco con un dolor punzante que no cesa, pero con una sonrisa en la cara y en el corazón. Nos vence el sueño y dormimos y dormimos... Y luego nos movemos: él se coloca bocarriba y yo me acurruco a su lado, y otra vez a dormir.

Aterrizamos en un aeropuerto pequeñísimo que casi no parece un aeropuerto, donde un coche precioso nos espera para llevarnos hasta el quinto pino por caminos sin asfaltar. Empieza a llover. Un minuto hace sol y, al siguiente, se desata una tormenta. Descarto la idea por absurda, pues no entra en los planes, pero entonces miro por la ventanilla. De pronto, se abre el cielo y llega el diluvio universal. Las neuronas que tenía dormidas se espabilan un poco cuando los truenos suenan cerca.

¡Joder!

Una tormenta tropical.

Nos detenemos en medio de la colina. Miro por la ventanilla a mi izquierda y atisbo una escalera impresionante que lleva a un acantilado.

—El coche no da más de sí, señor —dice el chófer mientras cambia de marcha—. ¿Y si esperamos a que pare? Serán un par de horas como mucho...

Al ver la frustración que invade a Saint, estoy segura de que no se va a quedar aquí escondido ni una hora ni dos. Le da propina al chófer.

—Iremos por las escaleras.

Sale a pesar del diluvio. Con un movimiento rápido, me saca en volandas.

—Aguanta —dice.

Sonríe con ternura y yo me río. Tiene gotas en las pestañas. Me aferro a su cuello mojado y me hago un ovillo para protegerme de la lluvia. Embelesada, observo cómo le cae el agua por la garganta y los pectorales. Quiero chuparla, quiero pasarle la lengua de arriba abajo.

—¡Nos vamos a resfriar! —grito por encima del ruido de la tormenta.

—Puede. Ya me encargo yo de que entres en calor —me susurra al oído, y siento su nariz mojada.

—En teoría, tienes que cruzar un umbral, no subir un montón de escaleras.

—Ahí tienes tu umbral.

Sonríe cuando lo vemos, todavía en la distancia. La casa está situada en lo alto de un escabroso acantilado que da al mar. El viento mece la vegetación de alrededor. Sobre ella no hay nada más que la ira de los cielos.

Entramos y Malcolm me deja en el suelo. Me quito los tacones marrón topo y él, sus Gucci negros, y los colocamos en el felpudo para que se sequen. ¿Qué tendrán los hombres descalzos en vaqueros? Mi marido se lleva mil estrellitas por lo *sexy* que está.

Escudriña la casa como si fuese un experto mientras paseamos descalzos y en silencio. Él va en vaqueros y yo llevo un traje de chaqueta y falda de color *beige* de Vera Wang.

Nos alojaremos en esta casa indonesia de alta gama. Por fuera es exótica y rústica; el sueño

de cualquier urbanita amante de una decoración de interior actual. Ventanas amplias; vigas de madera en el techo, grandes y gruesas; muebles modernos y elegantes.

Voy a echar un vistazo mientras Saint recibe al chófer, que nos ha subido el equipaje a rastras por las escaleras. En la cocina no falta de nada, hay hasta mantequilla de macadamia y botes de mermelada cerca de las pastitas para acompañar el café y el té.

Entro en el baño principal haciendo ruido a cada paso y me miro al espejo... ¡Estoy horrible! Tengo el pelo mojado. La camisa de seda se me pega al cuerpo. El maquillaje se me ha corrido por toda la cara. La novia perfecta de mi Saint ha desaparecido, ha hecho puf y ha vuelto al sueño de donde salió.

Me asalta una fuerte sensación de ineptitud.

Me lavo la cara con jabón y me peino con los dedos como una loca, pero sigo sin parecer la novia perfecta y preciosa que quería que viese.

HAY. QUE. JODERSE.

Bufffff.

Saint no se merece una novia hecha un desastre.

—Y ya está todo —le dice al chófer.

Acto seguido, me mira y cierra la puerta.

Suena un trueno cerca. El viento aúlla. La tormenta agita los árboles con ferocidad, pero no es tan feroz como la tormenta que tiene lugar en mi interior. Hay una tormenta dentro de mi cuerpo, dentro de la habitación, y se llama Malcolm Saint. Una tormenta dentro de otra. Su campo de fuerza me protege y me atrae más que el azote de cualquier viento.

La tensión que he ido acumulando a lo largo del día explota cuando Saint pone toda su atención en mí.

Noto un cosquilleo en la piel. El mismo que siento cuando está cerca. Observo cada mínimo detalle de su cuerpo. Una figura oscura en una casa increíblemente grande y lujosa. Está guapo a rabiar cuando lo veo plantado. Mojado de los pies a la cabeza. Con esos pantalones que tan bien le quedan, de talle bajo, y el torso empapado. Me llega el olor de su jabón. De pronto, ardo en deseos de hacerle jadear y gemir, de sentir cómo se tensa para mí. Cómo se estremece para mí.

Quiero lamerle la clavícula y sentir y degustar cada centímetro de su piel de terciopelo dorado.

Avanza hacia mí. Se toma su tiempo para examinarme de arriba abajo, como si no solo me mirase, sino que también me saborease.

Niego con la cabeza y digo con una voz tan pastosa como el algodón:

—Tengo que... arreglarme.

—Estás perfecta.

—No, en serio, no es... Mereces que huela divinamente...

Me callo cuando Saint se planta delante de mí. Sus ojos, enmarcados por unas pestañas húmedas, no podrían admirarme o adorarme más.

—Hueles a ti: a tu champú, a tu jabón, a ti y a lluvia.

—Tú también hueles a lluvia.

Me aparta el pelo de la cara.

—Para mí, esto ya es perfecto.

—Que me mires así es perfecto. Tú eres perfecto.

Da gusto ver cómo se le pega la ropa. Le aprieto los bíceps. Están duros como piedras. Me acerco más a él. Me desabrocha un botón de la blusa. Me besa, debajo de donde se me nota el pulso, en el triangulito de piel que ha dejado al aire. Me desabrocha otro botón. Me besa.

Hago lo propio y le desabrocho un botón de la camisa.

Me observa con los ojos entrecerrados mientras le desabrocho otro.

—¿Quieres desnudarme tú primera? —me pregunta con una voz tan áspera como la corteza de un árbol mientras me aparta el pelo.

Asiento con la cabeza.

Estoy temblando.

—¿Tienes frío? ¿Quieres darte un baño?

—No. Quiero sentirte dentro de mí.

Le doy un empujón y toma asiento en la silla más cercana. Me postro a sus pies y desabrocho los botones que faltan. Le abro la camisa y dejo al descubierto los abdominales y el torso cincelado.

Le paso los dedos por los hombros y le bajo la camisa. Miro cómo flexiona los pectorales para acabar de quitársela.

Le recorro los músculos y la piel que acabo de exponer.

—Me pido todos los sitios que beso —digo.

Me mira con unos ojos llenos de un deseo puro y arraigado mientras trazo un camino de besos desde sus abdominales hasta su pecho. No pone pegas. Se le endurecen los músculos con mi roce. Me apoyo en él para deshacer el camino con los labios mientras le desabrocho los pantalones.

Le bajo la cremallera y, cuando se pone en pie despacio, no me cuesta nada bajarle los vaqueros por esas piernas largas y fibrosas con algo de vello.

Me deja hacer, me observa, me folla con la mirada.

Cuando no es más que piel dorada y húmeda, se vuelve a sentar y yo me acerco poco a poco y restringo mis curvas por su cuerpo duro. Sus músculos son totalmente naturales, fruto del deporte. Polo. Paracaidismo. Vela. Gimnasio. Perfección.

—Te has dejado un sitio —dice con voz ronca mientras me sube una mano por la espalda.

Beso su erección con la misma ternura que el resto de su cuerpo.

Su cara es solo unos ojos picarones y una sonrisa traviesa. Me mira la cara.

—¿Estás cansada?

Un nudo que palpita en mi interior exige más.

—Ya no.

Me coloca con cuidado un mechón detrás de la oreja y me susurra al oído:

—Esta noche vas a acabar rendida.

—Dios, estoy supercachonda.

Me pone de pie.

—Me toca.

Tiemblo de frío mientras se coloca ante mí y me mira a los ojos con aire dominante. Me baja la cremallera de la falda, que cae al suelo con un tirón largo y suave. La mezcla del olor a lluvia y a su champú inunda la estancia mientras me abre la camisa despacio y sin prisa.

Me flaquean las rodillas cuando lo oigo proferir un jadeo largo y *sexy* mientras me quita la

prenda. Unos ojos verdes llenos de lujuria contemplan mis bragas transparentes de encaje y mi sujetador a juego. Por cómo se le dilatan las pupilas, juraría que Malcolm se ha dado cuenta de que se me ven los pezones a través de la tela.

Sigue quitándome la camisa con manos expertas y firmes. No deja de mirarme al quitarme las bragas. Me desabrocha el sujetador y me lo retira de la piel mojada. Me dedica una mirada de aprobación y adoración. Y acaricia mi cuerpo desnudo a la vez que me seca.

Agacha la cabeza y me chupa el lóbulo de la oreja. Me gira la cara y me roza los labios con los suyos.

—Me pido a mi mujer —dice con voz ronca, y me mete la lengua hasta la campanilla. Gimo. Me acerca a su cuerpo desnudo y me besa con fervor detrás de la oreja—. Me pido esta oreja.

Excitada, me río y me agarro a su cuello como por instinto. Siento escalofríos cuando me acaricia y me seca con esas manos suaves y tersas.

Me mira con una sonrisilla cuando ve que las sensaciones que me provoca su contacto me hacen jadear. Me observa fijamente con unos ojos chispeantes y ardientes. Le pesan los párpados y las pestañas le rozan los pómulos mientras, con los labios, inicia un recorrido sinuoso por el cuello, la clavícula, los hombros y el pulso, que late desbocado justo donde están la R y la M doradas de mis collares.

Saborea ese rincón de mi cuello que, sin duda, sabe a lluvia. Me estremezco sin control conforme me acaloro más y más por dentro. Le paso las manos por esos brazos musculosos y húmedos.

Me quema la mandíbula, la oreja y la boca con labios seductores. Le acaricio la espalda, también húmeda. Me agarra de las muñecas y me las pone en los costados, me hace retroceder y me las clava a la pared.

Entrelazamos los dedos —me sujeta tan fuerte como un ancla— y me besa con dulzura en los labios. Aún está húmedo, pero yo ya estoy seca con tanto toqueteo. Me acerco para sentirlo y restriego los pechos contra sus pectorales; estoy tan húmeda que me duele.

—Necesito... Dios, te necesito muchísimo —le jadeo al oído.

Se aparta poco a poco. Le encantan los preliminares y parece decidido a alargarlos. Me acaricia la mejilla con los nudillos.

—¿Hasta aquí bien?

De pronto, me invaden las mariposas.

Entierro la nariz en su cuello, cierro los ojos y me abandono a su aroma, tan maravilloso y varonil.

—Sí. Por favor, Malcolm, más cerca.

Le subo las manos por la nuca y las hundo en la cabellera. Me acaricia la espalda. Antes de darme cuenta, echo la cabeza hacia atrás y nuestros labios se funden. Me aferro a él, quiero que me devore.

Me sienta en una mesa y me contempla con los ojos entornados.

Entonces dibujo un círculo limpio y húmedo con la lengua en uno de sus pezones y, luego, en el otro. Me aparta el pelo de la cara y me mira con suma intensidad mientras le recorro los abdominales con los dedos y trazo la V que conduce a la mata de vello desde la que me saluda su enorme erección.

—¿Me has echado tanto de menos como yo a ti, Rachel? —susurra mientras me coge los

pechos y me pellizca con los pulgares. Saltan chispas dentro de mí mientras se la agarro.

Asiento sin aire.

—Sí.

Me he acostado con otros hombres, pero con él es alucinante. Estoy febril. Él está tranquilo y sereno, pero nuestra conexión es tal que su cuerpo zumba y chisporrotea por la electricidad.

Está listo y empalmado, y su precioso glande ya está húmedo. Le voy dando mordisquitos por la garganta mientras lo agarro de esas caderas tan delgadas y del culo para acercarlo a mí.

Cuando le froto la erección con la base de la mano, me dice en broma, como si me estuviese regañando:

—Eh, eh, estás jugando sucio.

Me lleva en brazos al dormitorio y me deja en la cama más lujosa en la que me he tumbado nunca.

Me abre las piernas, ansioso por separarme los muslos. Me pongo aún más nerviosa cuando clava sus ojos verdes en la parte que más me duele.

—Tú —suplico—. Ni tus dedos ni tu lengua.

Saint es un pecador, como ya hemos comprobado.

Se lanza a lo loco y tantea el terreno con la lengua —cuatro estocadas exquisitas y profundas— y después con los dedos. Con cuidado, coloca las caderas entre mis piernas. Echo la cabeza hacia atrás y se me escapa un sonido gutural. Nuestros cuerpos brillan como pedernales.

Cuando me mete el glande, me arqueo con actitud lasciva y persuasiva para que me dé más.

Me toma de la cadera con una mano para que no me mueva.

—Madre mía. Eres perfecto —jadeo.

Es gruesa, enorme, palpita y me hace expandirme. Cuando estoy tan llena que parece que voy a reventar, me retuerzo, le clavo las uñas en la espalda y le beso en los hombros. Él marca el ritmo. Primero despacio. Sus penetraciones me sumen en el caos. Empiezo a temblar. Lo acaricio, le chupo la mandíbula y emito sonidos guturales e incomprensibles.

Me empapo de él con las manos y el cuerpo. De sus poderosas piernas, sus abdominales y su culo mientras me embiste; de sus brazos, su pecho y sus hombros mientras me hace suya. Y yo, suave y cálida. Húmeda y excitada. Me erotiza cómo me abre Saint y me hace su esposa.

—Estoy muy cachonda, Malcolm.

—Mojada y cachonda, justo como a mí me gusta —gime a la vez que gruñe.

No tardamos en dejarnos llevar por el instinto. Uñas. Dientes. Nos chupamos, nos besamos, nos mordemos y nos mordisqueamos. Me la empieza a meter con ímpetu y me folla contra la cama mientras yo, traviesa, le chupo el labio inferior, tan grueso y jugoso. Me corresponde y su lengua se enzarza en un combate con la mía. Un frenesí se apodera de nosotros a medida que nos hacemos polvo sin separarnos ni un centímetro. Mientras degustamos y saboreamos al otro, se le tensan los músculos de la espalda, que forman ondas bajo mis dedos.

Disminuye el ritmo y yo contraigo los dedos de los pies por el placer. Me arqueo y me tenso cuando me la saca del todo y me pasa el glande por los pliegues y el clítoris. Pongo los ojos en blanco. Cuando me la vuelve a meter, ronroneo en señal de agradecimiento.

—Malcolm.

Abro los ojos de golpe para ver cómo se le marcan las venas del cuello y lo fuerte que aprieta la mandíbula.

Gime como una bestia, yo también, y nos corremos al mismo tiempo.

Está cálido dentro de mí. Ya no me aprieta tanto. Se mueve y me susurra que me quiere. Que me quiere muchísimo.

Estamos exhaustos. Me mira tan fijamente que empiezo a ruborizarme. Aún lo tengo dentro. Acuno su mandíbula y susurro, maravillada:

—Señor Saint.

No pierde detalle mientras me mira con veneración.

—Señora Saint. —Me pasa el pulgar por la comisura de los labios y, cuando respondo a su contacto, se le dulcifica todavía más la mirada—. Te quiero. Te quiero muchísimo.

Me peina el pelo hacia atrás y me mira a la cara.

Me acaricia los labios y frunce el ceño con aire pensativo. Un brillo juguetón e inconfundible aparece en sus ojos.

—¿Será por su boca? Tiene usted unos labios espectaculares, señora Saint.

Sigue frunciendo el ceño hasta cuando le sonrío, complacida.

—Tus pechos tienen el tamaño perfecto, ni demasiado grandes ni demasiado pequeños, firmes y muy receptivos. ¿Será por tus ojos?

Me pasa los pulgares por los párpados.

—Plateados cuando te enfadas, de un gris oscuro cuando te derrites de lujuria.

Me baja una mano por la pierna.

—Tiene que ser por estas piernas tan largas. O a lo mejor es... —Arruga más el ceño mientras me toca las comisuras de la boca—. Por tus sonrisas y lo sinceras que son, por la ilusión con la que ves la vida desplegarse ante ti.

Me ruborizo y me río a la vez. Se tumba de espaldas y me acerca a él, pero ahora no frunce el ceño ni coquetea. Sino que sonrío. Me dedica una sonrisa preciosa.

—Lo tienes todo y encima me completas. El vacío del que hablábamos antes desaparece cuando estoy contigo.

—¿Vacío? —Me toca a mí fingir que estoy perpleja—. ¿Qué vacío? Llenas mi vida a más no poder.

Me acerca a él, apoya la cabeza en la almohada y, relajado, se ríe largo y tendido. Me pego más a él y entrelazo los dedos por detrás de su cuello.

—Abrázame fuerte, Malcolm.

Me besa en la frente. Me abraza más fuerte y, mirándome a la cara, me confiesa en broma:

—Me encantaría abrazarte con todas mis fuerzas, pero entonces te perdería. Y eso no. —Se pone serio, muy serio; su voz adquiere un sombrío—. No puedo permitirme eso.



He olvidado decirle a mi madre que hemos llegado sanos y salvos. Estaba nerviosa cuando nos marchamos porque no sabía adónde íbamos, y le prometí que la avisaría de que el vuelo había ido bien.

Desbloqueo el móvil. No hay señal.

—Ven.

Mete un chip en su ordenador.

—He traído tecnología. Tienes cuatro minutos.

—Anda, dame cinco.

—Ahora tres.

Me río, me meto en mi cuenta y le envío un correo electrónico a mi madre. Este ratito que estoy con el ordenador me hace preguntarme por el mundo exterior. Si se han divulgado fotos de la boda, fotos de algo que solo nos pertenece a él y a mí. Me imagino a Tahoe contándoselo a todo el mundo. A mis amigos contándoselo a sus otros amigos. La prensa.

—¿Tienes que mirar algo? —pregunto mientras echo un vistazo hacia atrás.

—Treinta segundos y contando.

Me lo va a hacer pagar, con creces y con intereses.

Cierro el portátil.

—Vale. Saldaré la deuda que tengo contigo, maridito mío.

Lo veo mirarme con una sonrisita de superioridad mientras gateo por la cama y me arrojo a unos brazos que conozco muy bien. Ya me he olvidado del portátil y de lo demás mientras le compenso, gustosa. Supongo que estamos demasiado ocupados disfrutando de nuestro «y vivieron felices y comieron perdices» como para que nos importe.



Es medianoche y nuestros cuerpos aún no se han acostumbrado al cambio horario. Llevo horas dando vueltas, mientras que Malcolm solo se mueve si me muevo yo y me pone la mano en la cintura, no sé si para que me quede quieta, para calmarme o para sacar mi inquieto cuerpo de la cama. En cambio, esta vez me acerca a él y me abraza más fuerte.

Está a punto de aplastarme. Malcolm está tumbado a mi lado, bocabajo y con un brazo bajo la almohada, pero tiene la cabeza girada, con la cara enterrada en mi cuello.

Salgo con cuidado mientras resoplo, sin aire. Lo beso en ese pelo tan oscuro y revuelto y me dirijo desnuda a la ventana para intentar adivinar la hora. Un rayo de luz se cuele a través de la vegetación que hay al otro lado.

Estamos en mitad de la nada. Es un sitio sin igual. Al parecer, Saint ha comprado esta casa para que sea nuestro refugio permanente si alguna vez queremos huir y todo por estrenar: la cama, los muebles...

No hay nada en kilómetros. El personal no se pondrá en contacto con nosotros hasta dentro de unos días. Así que estamos él y yo solos para disfrutar de unos días perfectos mimando está nuestras hormonas.

Si la paz necesitase una morada, se ocultaría aquí. Si pudiese elegir un momento en el que quedarme congelada, elegiría el momento en que Saint se acerca, me abraza por detrás, me besa en la nuca y, con la voz ronca de un hombre tremendamente satisfecho, me dice: «Buenos días, esposa».

Cuando me giro, me mira con sus ojos verdes mientras me rodea con un brazo y me acerca a él... Justo ahí. A mi lugar favorito: la última base, el ojo de cualquier huracán, el centro inmóvil

de la Tierra, que hace que todo gire. Aquí. Entre dos brazos. Entre los brazos de un hombre. El lugar al que volveré si pierdo el equilibrio. Mi lugar para reír, para amar y para pecar.

Lista de reproducción

«Firestone», de Kygo
«Want to Want Me», de Jason Derulo
«Nothing Really Matters», de Mr. Probz
«Gold Dust», de Galantis
«Paradise», de Tove Lo
«All We Need», de Odesza
«Addicted», de Saving Abel
«Kiss You Slow», de Andy Grammer
«Peace», de O. A. R

Agradecimientos

Muchísimas gracias a todos los que han seguido el viaje de Malcolm y Rachel. No estaba lista para dejarlos marchar, así que ¡espero que hayáis disfrutado pasando algo más de tiempo con ellos y con el resto de los personajes de esta novela corta!

Muchas gracias a mis amigos escritores y a mis lectores beta por hacer que el proceso de escritura, tan largo a veces, no haya sido tan solitario: a Kelli K. y Anita S.; a todo el equipo de Gallery Books, incluido mi corrector, Adam Wilson; a mis editores, Jen Bergstrom y Louise Burke; a todos mis bibliotecarios y librerías; a Sullivan and Partners; a todas las personas maravillosas de la agencia Jane Rotrosen, en especial a la fantástica Amy Tannenbaum; a mis editores extranjeros y a mi maravillosa familia, por su amor y apoyo incondicionales.

Y a todos los blogueros y lectores que me han apoyado a lo largo de estos años y que dan vida a mi libro en sus cabezas y en sus corazones, gracias por lo que hacéis y por dejarme compartir mis mundos y mis personajes con vosotros.

¡Gracias!

Sobre la autora



Katy Evans creció acompañada de libros. De hecho, durante una época eran prácticamente como su pareja. Hasta que un día, Katy encontró una pareja de verdad y muy *sexy*, se casó y ahora cada día se esfuerzan por conseguir su particular «y vivieron felices y comieron perdices». A Katy le encanta pasar tiempo con la familia y amigos, leer, caminar, cocinar y, por supuesto, escribir. Sus libros se han traducido a más de diez idiomas y es una de las autoras de referencia en el género de la novela romántica y erótica.

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que hayas disfrutado de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



BRITAINY C. CHERRY



EL AIRE
QUE
RESPIRA

SERIE DE LOS ELEMENTOS I

CHIC 

El aire que respira (Los Elementos 1)

Cherry, Brittainy C.

9788416223503

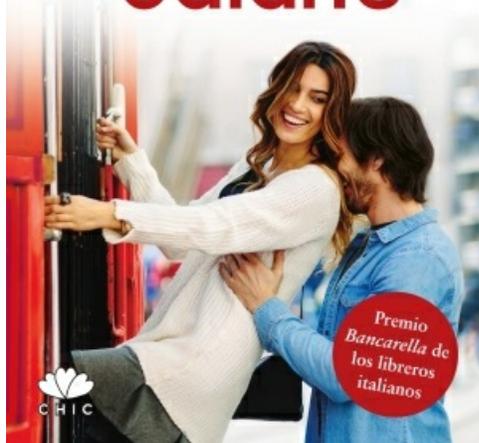
304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo? Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo. Elizabeth ha perdido a su marido. Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir. Necesitan recordar lo que se siente al querer. Solo así podrán volver a respirar. La novela romántica revelación en Estados Unidos "No os lo perdáis. Leedlo y descubrid de primera mano lo bello que es respirar." "New adult addiction" Recomendamos encarecidamente esta historia hermosa y conmovedora. Brittainy C. Cherry sabe tocar la fibra. Preparaos para emocionaros." Totally Booked Blog

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Anna Premoli
Por favor,
démame
odiarte



Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna

9788416223473

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias? Jennifer es abogada. Ian es economista. Y se odian. Un cliente los obliga a trabajar juntos. ¿Y si del odio al amor solo hay un paso? Premio Bancarella de los librerios italianos Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HOMICIDIO

UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE

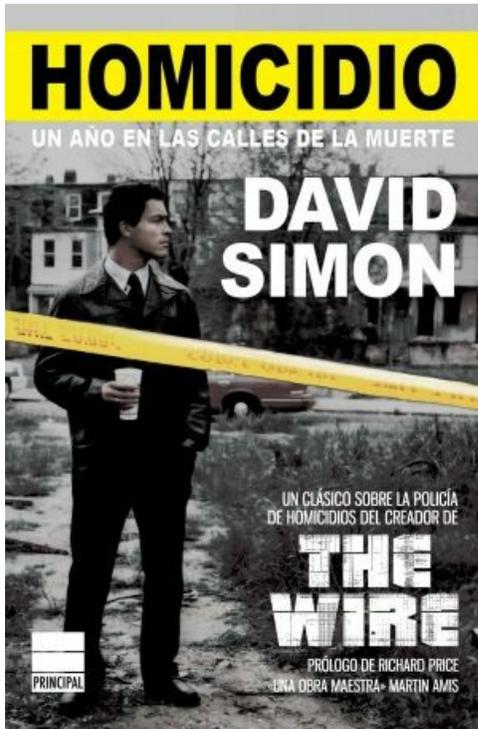
DAVID SIMON

UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA
DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE

THE WIRE

PRÓLOGO DE RICHARD PRICE
UNA OBRA MAESTRA - MARTIN AMIS

PRINCIPAL



Homicidio

Simon, David

9788416223480

784 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos. David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años. Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

REAL

KATY EVANS



PRINCIPAL
de los LIBROS

Real (Saga Real 1)

Evans, Katy

9788494223488

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un boxeador inestable. Una joven con los sueños rotos. Una combinación explosiva. Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo. La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Comandante

Evans, Katy

9788417333133

272 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La pasión de Matt y Charlotte llega a la Casa BlancaNos enamoramos en la campaña electoral.Y eso solo fue el principio. Ahora él es el presidente de Estados Unidos.Y me desea. Desea mi cuerpo. Mi corazón. Mi alma. Y me quiere a su lado. En la Casa Blanca."En Comandante, Katy Evans mezcla realidad, erotismo y romance. El resultado es pura magia." Audrey Carlan, autora de Calendar Girl"Katy Evans siempre crea personajes que te dejan sin aliento, y con Matthew Hamilton se ha superado."C. D. Reiss, autora best seller"Si eres fan de las historias de amor, llenas de emociones honestas, deseo y personajes que te hacen desearles lo mejor, este libro es para ti." Harlequin Junkie Blog"¡La política nunca había sido tan sexy!"Kim Karr, autora best seller del New York Times y el USA Today"Katy Evans tiene un talento mágico para las historias emocionantes, románticas y que no puedes dejar de leer."Book Lovers For Life Blog"Me encantó el intenso y honesto romanticismo de esta historia."Top Ten Romance Book

[Cómpralo y empieza a leer](#)